

Del miedo a la confianza

El proceso en el corazón del Padre Kentenich

P. Carlos Padilla Esteban

1. Del miedo a la confianza en el Padre

Lo que sucedió en el interior del Padre hasta la alianza de 1914

Mirar la vida del Padre nos lleva a adentrarnos en el misterio de su vida. En su biografía se esconde un camino para nuestra vida, una verdadera teología, una palabra de Dios escrita con trazos humanos. No puedo entender Schoenstatt y todo lo que en Schoenstatt vivo sin comprender cómo Schoenstatt nació en su corazón a lo largo de toda su vida. Necesito ir a las fuentes, al origen. La fuente primera es su vida, su historia, su infancia, su juventud, su camino. Si no sé quién es este padre al que admiro no podré entender nada de lo que me propone. Si me quedo sólo con la foto de un padre ya mayor con barba, sonriendo, me quedo al final del camino y no entiendo demasiado. Si no sé de dónde viene ese padre alemán que vivió cosas tan difíciles, no podré aprender para mi propia vida algo que a mí me mueva. Creo que fundar Schoenstatt de nuevo pasa por adentrarme en la historia de un padre que se dejó tocar por María en su vida y su presencia lo cambió todo para siempre. Las claves para entender Schoenstatt las encuentro en la vida de un padre herido desde la cuna que no dejó nunca de creer. Lo que él vivió se convierte en la clave para entender mi propia vida. Quiero por eso adentrarme en la historia del Padre desde sus inicios. Quiero navegar haciendo un ejercicio de meditación en el corazón de ese niño herido, de ese joven bloqueado, de ese sacerdote joven enamorado de María que llega a ser padre. Ese camino me parece desafiante, un verdadero reto. Schoenstatt nace en el corazón de este joven que sin haber tenido padre aprende a ser hijo en las manos de María. Y luego, siendo hijo, se convierte en padre. Schoenstatt puede nacer en mí si recorro ese mismo camino. Sé que el origen de Schoenstatt se juega en la importancia de los vínculos en la vida del Padre. Hablo de vínculos rotos o inexistentes en su vida. Y de vínculos que fueron sanados en él por María. Son vínculos que crecen con el cuidado humano, cercano, de María. Y luego el propio Padre. En esta época convulsa, en la que parece que el mundo desconfía de los vínculos por la herida, es todo un desafío aprender a mirar a los ojos del Padre. Necesito adentrarme en el misterio de Schoenstatt para renovarme en el deseo de recorrer de nuevo el mismo camino que el Padre recorrió. Mirando la vida con sus propios ojos todo cambia. Él me lleva a confiar otra vez en los lazos humanos como puente hacia el cielo. Después de derrotas y fracasos vuelvo a confiar. Asumo mi condición herida y vulnerable en medio de la humillación. Sé que construyo la casa de Dios sobre la roca hendida de mi propio corazón. Mi única certeza es que la experiencia del Padre tiene eco en mi propia historia. Resuena con fuerza. Y su forma de mirar y ser mirado, de amar y ser amado, me anima a mirar con sus ojos mi propia vida. Vuelvo a colocar a María en el centro del carisma que me enciende. María en mi herida. Ella como la que sana todas las heridas del alma y reconstruye mis pasos. No quiero dejar de confiar ni en lo humano ni en lo divino. Ojalá al adentrarme en este misterio pueda fortalecer mi confianza herida y renovarme por dentro.

Las fotos.

Veo estas dos fotos. Os pido que por un momento las miréis. En silencio. Son todas del P. Kentenich. Cada uno de nosotros seguramente sentirá algo distinto, vendrán palabras o ideas diferentes de lo que estas fotos nos dicen. Hoy estamos aquí por este padre que revelan estas fotos. En una se ve al P. Kentenich de niño, con la mirada asustada. Conmuevo verlo. Quiero abrazarlo. Tiene cara de pena. Los labios hacia abajo. Las manos sin agarrar nada. Son manos vacías. Parece nervioso. Mira hacia arriba. Expresa algo de desolación. Quizás algo de miedo. No sé bien a qué. Parece asustado, desprotegido, tal vez está solo. Normalmente los niños sonríen en las fotos, están

alegres o emocionados, o se muestran tímidos. El Padre no. Son los viejos, los mayores, los que corren el riesgo de amargarse y estar tristes. Él parece un niño ya viejo. En la foto de al lado del niño se ve la imagen de un hombre sonriente, relajado. Un rostro lleno de luz. Parece un hombre feliz, alegre, con una vida plena. Mira a alguien con el que probablemente comparte una mirada cómplice. Hay palabras que quedan suspendidas en el aire. La sonrisa es franca, abierta. Una carcajada contenida. Mirarlo me da paz. Sus ojos transmiten serenidad. Las dos fotos son de la misma persona: Pedro José Kentenich. Pero hay un abismo entre una foto y la otra. Han pasado los años, es verdad. Dicen que las personas pierden con el paso del tiempo. Aquí no. Hay un largo camino recorrido por el Padre entre estas dos fotos. Es el mismo camino que de alguna manera me propone recorrer a mí. Son dos momentos aislados en la vida. Son dos fotos sueltas de una larga historia. Una al principio del camino. Otra cerca del final. Entre una y otra hay un proceso interior en el alma. Un misterio que ha compartido conmigo. ¿Qué ha sucedido para poder llegar de una foto a la otra? ¿Cómo ha sido posible pasar de esa mirada triste a la sonrisa alegre al final del camino?

La otra foto quizás impresiona más todavía. Por lo menos a mí me conmueve mucho. En blanco y negro. Es la única foto en la que aparece con su madre Catalina. Aparecen alejados los dos. No se tocan. Él está cruzado de brazos. Posiblemente es una visita de su madre al orfanato de Oberhausen desde Colonia, donde vivía y trabajaba en esa época. No se miran. No comparten su mundo. No hablan. Cada uno está aislado en esa foto. El P. Kentenich está descalzo. Quizás está enfadado. No se sabe. Hay una frialdad aparente entre ambos. Un muro que los separa. El Padre está muy serio. No parece un niño. ¡Qué distinta es la segunda foto! La he elegido porque está rodeado de muchos niños. Lo tocan. Lo invaden. Él se deja tocar. Y es capaz de tocar. Están todos en lo mismo, concentrados en algo, mirando algo juntos. Quizás están viendo fotos, o eso parece. Hay intimidad, complicidad entre ellos. No miran a la cámara. Están insertos en su propio mundo. Un mundo que comparten. Los intereses de esos niños en ese momento son los del Padre. Se encuentra cerca de ellos. Y ellos están cerca de él. ¿Qué camino hizo el Padre para pasar de una foto a la otra? ¿Qué pasó en su alma entre ese lejos y este cerca? ¿Entre la frialdad y la lejanía y la intimidad y el contacto físico?

Este camino lo hizo el Padre en su corazón. Y su camino se convierte en una propuesta para mí. En la vida del P. Kentenich siempre fue así. Primero él vivió en su alma un misterio y después lo compartió con los que estaban a su lado. Ese misterio es el misterio de Schoenstatt. Lo que él vivió en su alma, lo que creció en su interior. Ese misterio me lo propone a mí como camino para mi propia vida. No es una teoría, ni una bonita idea. Y yo no lo tomo como si fuera un imitador lejano que repite actos aprendidos. No, ese camino lo hago de su mano. Lo vivo en mi alma. Probablemente yo también en mi vida he tenido momentos parecidos a los que contemplo en estas cuatro fotos. Quizás ahora mismo estoy viéndome reflejado en una de ellas. Puede que esté triste y aislado. O alegre y relajado. Tal vez lejos de los otros, o muy cerca de los demás. Puede ser que esté en la mitad de ese camino. En un lugar situado entre los extremos que reflejan esas fotos. Hay en mí un anhelo de vivir este camino que va desde el miedo a la confianza. El título que propongo habla mucho de estas fotos. Hay miedo en la tristeza de ese niño y en la frialdad de la foto con su madre. Y hay confianza, paz y descanso en la foto del P. Kentenich riéndose y rodeado de niños que lo tocan. De esos niños a los que toca. Voy a referirme a la vida del Padre desde su infancia hasta el momento en el que sella la alianza de amor con María junto a los jóvenes en el Santuario. Fue precisamente esa época la del cambio fundamental en su alma. El resto del camino fue profundizar por un lado en la confianza descubierta. Y por otro lado compartirlo con la familia, con los suyos. Hacerse camino de confianza él mismo para otros. El Padre primero vivió en su alma ese cambio y después dedicó todo su tiempo a ayudar a otros a hacer ese mismo camino. De su mano muchos pudieron pasar del miedo a la confianza. También a mí ahora, desde donde me encuentro, me ayuda a recorrer sus pasos. Es un padre auténtico que parte de la vida. De su propia vida y de la mía. No me entrega una teoría. No se queda en las ideas. Me emociona ver cómo él lo vivió en su corazón antes de proponerme caminar junto a él. Pienso que este camino de su corazón, que es Schoenstatt, es un camino que merece la pena vivir. Da respuesta a las inquietudes

más profundas del hombre de hoy. Al Padre le cambió la vida. A mí también me la ha cambiado. A todos nos la puede llegar a cambiar.

El camino del P. Kentenich

Me detengo ahora a mirar al Padre en su infancia. Os doy algunos datos biográficos para enmarcar lo que quiero contar. No son tan importantes porque ya son conocidos. Pero fueron las circunstancias que acompañaron al Padre. Y fue allí donde Dios y la Virgen actuaron. Quiero recorrer este camino adentrándome en el corazón de ese niño, de ese joven. El Padre nace en una familia rota, desestructurada, como muchas familias hoy. Nace en Gymnich, un pueblo de Alemania, el 16 de noviembre de 1885. Es el hijo de Catalina Kentenich, madre soltera. Ella es la menor de varios hermanos, se cree que ocho. A los 18 años comienza a cocinar en una granja. A los 22 años de edad se queda embarazada de Matthias Koep, el administrador de esa granja. Matthias tiene 44 años. Durante el embarazo, Catalina deja su trabajo, y durante un tiempo se va a vivir a casa de su hermana mayor Sibilla. Al principio su padre no la acoge en casa. Catalina vuelve más tarde a Gymnich, a casa de sus padres y allí nace José. Una noche durante el embarazo Catalina llega a pensar en quitarse la vida. Su madre la ayuda a superarlo. Catalina decide seguir adelante con el embarazo. Vence el miedo y las dudas. Ama a ese hijo al que no ha buscado. Y quiere dárselo todo. Matthias no reconocerá nunca a su hijo. No le quiere dar su nombre. No lo quiere. Y tampoco quiere a Catalina. No continúa su relación con ella y no se casa con ella. No sabemos por qué. Ninguno de los dos se casará más tarde. Es bautizado el 19 de noviembre con el nombre Pedro José. Lo llamarán José. Su tío llevaba su mismo nombre. En el registro de su bautismo en Gymnich aparece escrito: «*Ilegítimo. Catalina Kentenich*». El Padre no procede de una familia armónica, con unos padres que dan estabilidad. No viene de un hogar estable. Viene del miedo y de la soledad. Del rechazo y del desamor. La herida es profunda. José no tiene padre. Su padre no lo querrá nunca. No supo cómo era de verdad su padre de sangre. Es una herida muy honda. El Padre vivirá su infancia en Gymnich, una aldea. En la pequeña casa de los abuelos maternos, Anna María y Matthias Kentenich. Va a la escuela del pueblo, aunque no le gusta mucho. Le gusta más jugar en las cercanías de un castillo cercano. Se lleva muy bien con su prima Henriette, hija de Margarita, hermana de su madre que había fallecido. La abuela Anna María la acoge en su casa. Con esta prima mantendrá el Padre contacto toda su vida. Ella comentará más tarde que José tuvo «*una infancia muy normal*»¹. La expresión me resulta extraña en esas circunstancias. Así a primera vista no parece tan normal. Pero ella se refiere a esos años que compartieron siendo niños. El hogar de Gymnich fue un hogar. Allí vivieron su infancia. El campo, los juegos, el castillo. José no sufre grandes dificultades hasta los ocho años. Eso es lo único normal de esos años. El resto es difícil. No tiene un padre en quien mirarse, de quien aprender. Su abuelo materno muere en 1888, cuando José sólo tiene tres años. José se queda entonces con su madre, con su prima y con su abuela Anna María. Ninguna figura paterna en su infancia. Crece junto a tres mujeres. Todo esto no es precisamente normal. Es un niño que juega y ríe, es verdad, eso parece. Aunque la foto primera habla de mucha tristeza.

José permanece en Gymnich hasta los ocho años. Y en ese tiempo sólo abandona su hogar unos meses. A fines de 1891, cuando el Padre tenía 6 años, se muda con su madre a Estrasburgo. Allí permanecen hasta mediados de 1892. Catalina se hace cargo de la casa de su hermano mayor, Pedro José, que se ha quedado viudo. El pequeño José va a la escuela local y vive allí casi nueve meses. Deja el pueblo para vivir en una ciudad. Todo es nuevo. Son meses en los que su madre está siempre en casa. Él disfruta así de la intimidad familiar. Pero pronto su tío Pedro José vuelve a casarse, en agosto de 1892. Catalina y su hijo José regresan entonces a Gymnich. Un tiempo después de su regreso cambia la situación familiar. Catalina es una mujer muy religiosa y valiente. Cuando José Kentenich tiene 8 años de edad, en el año 1894, Catalina tiene que tomar una decisión muy difícil. La situación económica es mala y ella tiene que asumir un trabajo fijo para poder mantener a su hijo. En el pueblo no hay trabajo. Su abuela Anna María ya está muy mayor y no se puede ocupar de José. Tampoco puede Catalina llevarse con ella a José a Colonia porque allí va a

¹ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

² Kentenich Reader Tomo 1: *Encuentro con el Padre Fundador*, Peter Locher, Jonathan Niehaus

trabajar como cocinera en una familia. Le lleva todo un año tomar esa decisión tan difícil. Lo habla con su director espiritual, el padre Savels, que vive en Colonia. Su hijo necesita recibir una buena educación. Lo piensa, lo reza. Se le desgarran el alma. Es tan difícil decidir algo así. Su hijo sólo la tiene a ella. Al final decide llevar a su hijo José al orfanato de Oberhausen que había fundado este sacerdote con su hermana. El P. Savels es para Catalina un confesor regular y un buen consejero. El 12 de abril de 1894 llega José al Orfanato de Oberhausen de la mano de su madre. Es un día muy duro en la vida de la madre y del hijo. Hasta ese momento habían estado siempre juntos, también en Estrasburgo. Es una dolorosa experiencia de separación. Un segundo abandono que deja una nueva herida en el alma del P. Kentenich. Un día muy duro en su vida. Al dejarlo su madre en el orfanato cuenta su prima Henriette que José «lloró amargamente»². Es la amargura de un segundo abandono. Ese mismo día, antes de la triste despedida, Catalina se detiene ante una imagen de la Virgen que había en la entrada. Era una mujer de honda fe y delicado amor a María. No sabía qué podía hacer y confía en María. Se abandona. Pone su vida en sus manos y confía ciegamente en que todo va a ir bien. Decide consagrar a su hijo a su Madre en el cielo y pedirle a Ella que se haga cargo de él. De su cuidado y educación. Ella no puede ocuparse ahora como quisiera. Hay impotencia en su alma. Y, como expresión de esa entrega, deja su medalla de la primera comunión en las manos de María. Y María se toma en serio este compromiso hecho con tanta fe y tanto amor.

La gran herida del Padre es la de no haber sido nunca reconocido por Matthias, su padre carnal.

El hecho de ser hijo de madre soltera lo marcará toda su vida. Esa es su gran herida. Es la herida del abandono. Es un hijo no deseado. Un hijo ilegítimo en una época en la que ese hecho marca tal vez mucho más que ahora. Marca a su madre y lo marca también a él para siempre. Esta herida le hizo sufrir mucho. Un padre no es sólo el que da la vida. Un padre es aquel que está presente siempre cuidando la vida de la que es responsable. Es el que acoge, atiende y guía dando seguridad. Es el forjador de la personalidad. El padre contiene al hijo y lo educa. Lo hace fuerte para asumir responsabilidades. Lo ayuda a madurar. El padre construye sobre roca firme cada día en la vida de su hijo. Todo esto no lo tuvo el P. Kentenich. No tuvo padre. Y no tuvo tampoco otra figura paterna en su infancia que cubriera el vacío. Ni en Gymnich, ni en el orfanato, ni tampoco después en el seminario. Su herida es honda. No se siente amado por su padre, por ningún padre. No se siente amado como hijo. Ni siquiera reconocido. No se sabe si alguna vez llegó a hablar con su padre. No está documentado. Sí sabía quién era, todo el mundo lo conocía. Es difícil entender para un hijo que sus padres no vivan juntos. Que su padre ni siquiera lo reconozca y le cierre las puertas. Esa experiencia de soledad y abandono es la de muchas personas. Un hijo sin padre se vuelve más inseguro. No tiene una roca sobre la que construir. El hijo se abre al mundo a través de su padre. Confía en él y esa confianza es su seguro para siempre. Cuando el padre no está el hijo sólo encuentra muros, barreras, obstáculos. Es lo que vivió el Padre. Un padre da seguridad, abre horizontes y despierta la audacia y el valor en el hijo. José Kentenich va a estar marcado toda su vida por esta herida tan honda. Carece de esa seguridad. Esto le provoca un desapego afectivo y una dificultad muy grande para entablar relaciones. Dificultad para abrir los muros que cubren su alma y la protegen. Surgen la desconfianza y el miedo a otros posibles rechazos. El miedo al abandono y a no ser querido nunca a lo largo de su vida. Una herida que se agrava con la falta de vínculos sanos y profundos en esos años de infancia y juventud. Está bloqueado en su afectividad. Se ha cerrado. Tiene miedo. No tiene un hogar donde encontrar seguridad y echar raíces. Hoy hay tantos hijos que son huérfanos con padres vivos. Tal vez sus padres los han reconocido. Tal vez viven juntos. Pero están ausentes de su vida diaria. No han ejercido su paternidad, su cuidado cercano y constante. Esa soledad es la que sufren muchos hoy. La experiencia del Padre es más común de lo que uno quisiera. El camino que él siguió es una puerta abierta para sanar el alma de tantas personas. Mi propia alma que también ha experimentado la soledad y el abandono.

Es poco lo que el Padre cuenta de este hecho tan importante en su vida. Poco lo que dice, poco lo que escribe. En ocasiones, al ser preguntado sobre su familia, él se niega a hablar del tema. Guarda silencio. Por eso en la misma Familia de Schoenstatt, durante mucho tiempo después de su

² Kentenich Reader Tomo 1: *Encuentro con el Padre Fundador*, Peter Locher, Jonathan Niehaus

muerte, no se habla de su origen. Tal vez porque el mismo Padre durante su vida no se refiere al tema. Y tras su muerte se mantuvo la misma discreción. ¿Por qué? Un velo de pudor cubre su pasado. Es el misterio de su infancia. Es una herida muy honda. El Padre la cubrió con pudor para no sufrir más. Tal vez tenía miedo de que su herida fuera de conocimiento público. Quizás no quería que nadie hablara de su historia personal y le provocara más dolor. Era algo suyo, privado. Me duele el alma al ver como única etiqueta en su inscripción de bautismo: «*Ilegítimo*». Como si ese fuese el resumen de toda una vida. Cuando inicia su labor con los seminaristas, pone un ejemplo de aquellos motivos que pueden quitar libertad interior: «*Hay una mácula en la historia de mi nacimiento, en la historia de mi familia. Realmente nada puedo hacer contra ello. ¿Cuánto nos inquieta el miedo de que alguien descubra esa mancha! O el padre o el hermano estuvieron en prisión. O tal y cual miembro de la familia es alcohólico. Todas esas cosas hieren en el fondo del alma. ¿Cuándo me harán perder la libertad interior? Cuando en el fondo del alma tema que alguien las descubra*»³. Habla en tercera persona de su propia historia personal. ¡Qué difícil debe ser volver a recordarlo y mostrarlo! Sangra por su herida de abandono. El Padre siempre quiso ser un hombre libre. La libertad interior es una pasión de su alma. Quiere ser un hombre interiormente libre. Quiere educar personalidades libres. A veces las heridas del pasado quitan libertad. Esta herida pesa en su alma y le quita libertad. Por eso no puede hablar con paz del tema. No es tan sencillo. Anhela esa libertad interior que aún no posee. Pero mantiene el misterio. Comprendo sus razones para callar. Teme que sea público algo tan doloroso, tan íntimo y personal. Además el ser hijo de madre soltera es interpretado entonces de una forma distinta a ahora. Se piensa que un niño sin padre tiene tales carencias y heridas en el alma que nunca va a poder llevar una vida normal. Precisamente en la época del exilio su persona está en entredicho. Y sale a la luz en ese momento la mancha de su pasado. «*Defectus natalis*», defecto de nacimiento. Se empieza a hablar de su falta de padre y de cómo esa carencia habría afectado a su personalidad. En una carta del P. Fischer al P. Kentenich de 1952 se ven algunos de los pensamientos que circulan sobre su persona. En ella se entrevé el dolor que estas afirmaciones causarían en el Padre: «*Para que la mancha de su nacimiento no afecte a la obra se desearía apartarlo a usted de todo en su condición de fundador. Se comprende muy bien que resultaría penoso tener un fundador de tales características. Que de todas maneras sería imposible una beatificación. No se podría beatificar este tipo de personas. Que un principio de la pedagogía conocido es que no se puede confiar funciones de formador a hijos naturales, porque estos tendrían alguna perturbación psicológica y sólo generarían problemas en la labor educativa*»⁴. Son afirmaciones muy graves, muy duras, muy crueles. Es fácil ver detrás del sigilo sobre su pasado un miedo a que otros sepan y comenten. Hablen y opinen. Lo encasillen y lo condenen. El Padre sufre esos comentarios. Con el paso del tiempo mirará su historia con algo más de paz. En 1952 escribe una carta al P. Winzinger: «*Estoy agradecido y orgulloso del destino que me tocó. Dios hace venir sus instrumentos del desierto de la soledad exterior e interior*»⁵. Ha vivido en su infancia y juventud el desierto y la soledad. El dolor y la carencia. Ha sido la preparación de su alma para posteriores batallas. Con el paso de los años llega a sentirse orgulloso y agradecido de su pasado, de su infancia, de su historia sagrada, del paso de Dios por su vida. ¿Puede que incluso llegue a agradecer su mancha de nacimiento? Es posible. Aunque nunca llega a ser un tema del que le guste hablar. Lo guarda con sigilo y pudor en lo más profundo de su alma. La herida lo acompañará hasta su muerte. Y durante su vida lo que tanto dolor le provoca se convertirá en fuente de vida para otros a través de su paternidad. Pienso en las heridas llenas de luz de Jesús. Él resucitó con ellas, no desaparecieron, y fueron su señal de amor para los suyos. Lo reconocieron por sus llagas. Pedro escribe en su primera carta: «*Sus heridas nos han curado*» 1 Pe 2, 25. Es fuerte esa expresión tan paradójica. Al igual que Jesús, creo que yo también puedo resucitar con mis propias heridas y dar vida a otros. A menudo las tapo pensando que no me sirven. Que sólo sirven mis talentos, mis dones. Pero Dios puede hacer el milagro. En mis heridas Jesús me reconoce. Son mías. Es mi forma de estar herido. Nadie más tiene las mismas heridas que yo. Nadie está roto de la misma forma. En mi herida me ama Jesús tal como soy y me ve completo. Para él mi herida no me define ni me encasilla. No me marca con un

³ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

⁴ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

⁵ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

estigma y me aleja de los hombres. No. Mi herida es camino de salvación. Por eso Dios no quiere que la esconda porque forma parte de mí. Esa herida también soy yo. Y estoy llamado a ser santo a través de ese dolor. Es mi camino de santidad. Es la fuente de vida de la que brota la esperanza para mí. Así sucedió con el Padre.

Me detengo ahora en la dura experiencia de soledad del Padre en el orfanato de Oberhausen. El P. Kentenich vivió allí desde 1894 a 1899. Llegó a los ocho años y permaneció allí hasta los catorce. El internado es un edificio que da sensación de oscuridad y austeridad. Hay muchos niños. Mucha necesidad. Mucha pobreza. Son niños en su mayoría huérfanos de uno o ambos padres. Son «Niños carecientes», «hijos de gente pobre»⁶. Las dominicas que llevan el cuidado de la casa cuidan la atmósfera religiosa del lugar. Hay muchas imágenes religiosas y crucifijos en todas las salas y cuartos. Pero es un lugar de educación rígida. Hay poco cariño, mucha sobriedad. El Padre dirá años más tarde: «Nunca pude aceptar la manera cómo fui educado. No, así no se debe educar»⁷. La educación rígida recibida acentuó su soledad. Pienso en el desarraigo de su alma. Dejó atrás a su abuela, a su prima y a su madre. Estaba solo en medio del mundo, sin raíces. Se alejó de su pueblo natal, de sus bosques. Allí se había sentido libre, corría y jugaba en el castillo. Ahora está lejos de todo lo que ama. Sufre un desgarramiento terrible. Es cierto que para su madre también fue muy duro. José lo sabía. No hubo desamor en ella. Era la única salida que encontró su madre. Sufriría mucho al dejarlo. Ella nunca dejó de amarlo. Madre e hijo siempre mantienen una buena relación. Siempre lo quiso mucho y él siempre la quiso mucho a ella. Hay cartas que muestran esta relación cercana y cálida entre Catalina y su hijo. Le da todo su cariño y su entrega incondicional de madre. Siempre permanece en contacto con él. Acompaña su formación al sacerdocio y luego toda su labor apostólica. En 1897, cuando recibe la primera comunión, José le comunica a su madre su decisión de ser sacerdote. Ella va a acompañarlo de lejos rezando siempre por su crecimiento y maduración. Se encuentran en muchas ocasiones. Ya mayor muere en 1939 en un hogar de ancianos en Colonia. Aun así el Padre sintió el abandono, sufrió la herida. Para José la experiencia del orfanato supone un segundo abandono. Deja una herida profunda en su alma. No tiene padre desde la cuna, pero al menos hasta entonces siempre ha vivido con su madre. Pero ahora, de repente, a los ocho años, desaparece de su vida su madre, su única seguridad y su roca. Es tan sólo un niño. Esa foto en el banco habla de desolación y desarraigo. De una tristeza profunda. No tiene a nadie que lo cuide y proteja. Esa soledad se hace honda en ese tiempo de orfanato. Rehúye el contacto personal con otros chicos. No se deja besar ni tocar ni siquiera por los familiares. Vive en soledad y en una honda angustia en el orfanato. Es cierto que las amistades personales en este tiempo no se permiten. Pero él tampoco las quiere. Los muros que protegen su alma son muy altos. Más altos que los muros grises del orfanato que tanto le agobian. Está bloqueado, herido, tiene miedo. Nadie puede influir en él, como él mismo confesará más tarde: «No podía mencionar a nadie, absolutamente nadie que hubiese ejercido una influencia digna de ser citada sobre mi desarrollo intelectual y espiritual»⁸. Vive aislado de los que le rodean, encerrado en sí mismo. Arrancado del amor de su madre, rotas sus raíces más verdaderas. Hundido dentro de los muros que protegen su alma para que no vuelva a ser herida. Su madre le escribe años más tarde lamentando no poder ofrecerle ese hogar que él tanto añora: «Cuánto me alegraría poder estar juntos, pero todavía no es posible... Quiero ocuparme como una madre de ella (Henriette). Nosotros tres conformamos una sola familia, ¿verdad?... Cuando tenga mi casa los tres tendremos un hogar allí»⁹. Parece ser que en Oberhausen intenta escaparse hasta tres veces. No es su hogar y quiere regresar a su pueblo natal. Intenta buscar en sus huidas el camino de regreso a casa. Pero siempre lo encuentran y lo traen de vuelta. Es curioso, en la cárcel y en el campo de concentración, donde estará años más tarde, mantiene la paz y no intenta huir. Pero ahora en el orfanato, siendo todavía un niño, se siente atrapado y quiere escaparse. No tiene paz. Se siente solo y encarcelado. Es verdad que es mejor la formación que la que hubiera recibido en la escuela de Gymnich. Pero echa de menos muchas

⁶ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

⁷ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

⁸ Kentenich Reader Tomo 1: *Encuentro con el Padre Fundador*, Peter Locher, Jonathan Niehaus

⁹ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

cosas de su infancia. Su hogar, sus raíces. Sueña con el campo y la libertad. Con la casa materna. Se siente encerrado. En ese contexto de dolor recibe la primera comunión y toma la decisión más importante de su vida. Eso me impresiona. Encerrado en sí mismo escucha la llamada de Dios al sacerdocio. Es el año en el que recibe a Jesús en su primera comunión. Tiene 12 años. Pero sigue solo. Aislado. Triste. Parece como si saber lo que Dios quería para él no le diera alegría. Ve con claridad su camino. Dentro de su bloqueo afectivo no duda de Dios. Cree en Él y en su llamada. Dios le irá mostrando con los años lo que piensa hacer con él. Todavía estamos en el comienzo del camino. Todavía vive solo encerrado en sí mismo.

El P. Kentenich tendrá dos grandes pasiones a lo largo de toda su vida. La pasión por la libertad y la pasión por la verdad. Ya desde niño tiene el Padre un fuerte anhelo de libertad interior. Es una gran pasión que mueve su alma. Quiere ser siempre libre. Libre de presiones. Libre de ataduras. Libre para ser siempre él mismo. No quiere que le impongan nada contra su voluntad. Quiere dar su sí con libertad interior. No acepta ser esclavo de nada ni de nadie. Este amor por la libertad le va a marcar toda su vida y va a marcar la educación que querrá dar más tarde a sus hijos. La libertad es su deseo más verdadero y profundo. Desea vivir sin cadenas exteriores ni interiores. En el orfanato se siente encerrado, no puede hacer lo que desea. No puede salir. Por eso huye. No es libre. Más tarde en Dachau no necesitará huir. Asume con libertad interior la privación de la libertad exterior. Y anima a toda la Familia de Schoenstatt a comprometerse en oración por conquistar la libertad interior en el camino hacia la santidad. Él se mantiene entonces libre interiormente viviendo entre cadenas. Pero ahora es muy pronto. En el orfanato, todavía es muy niño. No ha crecido aún y no es un hombre interiormente libre. En este tiempo difícil de infancia y juventud no logra aún esa libertad interior. No es todavía un hombre que haya podido aceptar con plena libertad su historia personal, su mancha de nacimiento, su herida más dolorosa, su verdad. Necesitará años para lograrlo. Su infancia es un tiempo de gran desarraigo. Eso lo marca. La infancia debería ser siempre el tiempo de echar raíces. Por eso el orfanato es un tiempo tan difícil. Está atado en su interior por su propia historia y por su bloqueo afectivo.

Pasan los años e ingresa el Padre en la comunidad de los palotinos. Una comunidad misionera fundada por S. Vicente Pallotti en Roma. Esta comunidad misionera presente en Alemania lo acepta conociendo su condición de hijo ilegítimo. No era tan estricta como otras respecto a este impedimento por el que era necesario pedir dispensa en Roma. El derecho canónico así se lo exigía a los hijos de madre soltera. Esto significa mucho para el Padre. Lo guardará siempre en su corazón como un gran regalo. Toda su vida será leal con los palotinos, también en los tiempos más difíciles de confrontación. Voy a detenerme ahora en las luchas juveniles del P. Kentenich, en su gran crisis. El 23 de septiembre de 1899 deja el orfanato y es recibido en la Casa de Estudios de los Palotinos en Ehrenbreitstein, cerca de Coblenza. Siguen años de estudio. En 1904 comienza el tiempo del noviciado en Limburgo, una bonita ciudad cerca de Coblenza. Tiene 19 años. Pasado el noviciado inicia los estudios en el seminario mayor que concluirán en el año 1910 con su ordenación. Se desencadena ya en el noviciado una crisis física y humana muy profunda dentro de su alma. Son lo que él mismo llama «*luchas juveniles*». Es el tiempo en el que el Padre se quiebra y se rompe definitivamente. Muchos elementos influyen. En él se da una fuerte separación entre la fe y la vida. La fe en un Dios del que nunca duda. Y la incapacidad para unirlo con su vida personal. Vive buscando a un Dios desencarnado, a un Dios ajeno al hombre. Demasiado lejano de su vida. Y no encuentra respuestas. Era una idea de Dios que no lograba penetrar todas las fibras del corazón. Al estar tan bloqueado en sus amores humanos desarrolla un profundo anhelo de Dios buscando respuestas. Allí se encuentra seguro. Pero Dios no logra penetrar toda su vida. Al mismo tiempo vive una fuerte ruptura entre el mundo de las ideas y el mundo de los afectos. Se refugia en el mundo intelectual. Busca respuestas en el mundo de las ideas. El idealismo lo separa de la vida diaria y cotidiana. Rompe con todo lo humano que le rodea. Está aislado del mundo donde vive. Ahora su mundo son los libros que lee: «*Yo era un escéptico innato hasta mi ordenación. Estudiaba mucho, a menudo hasta tarde en la noche. Leía todo tipo de libros, pero no me hice más maduro por eso*»¹⁰. Más tarde leerá sólo el libro de las almas que se le confían. Ya no leerá tantos libros ni

¹⁰ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

escuchará muchas charlas. Su forma de pensar y mirar en ese tiempo lo llevan a un espiritualismo exacerbado que lo separa de todo lo humano. Su pregunta es la de Pilatos: ¿Qué es la verdad? Esa pregunta lo atormenta. Busca la verdad en todo, pero duda. Especula continuamente. Se sumerge en la filosofía inquiriendo respuestas que no le satisfacen. El Padre es un hombre lleno de verdad. Antes hablé de dos pasiones que movían su alma, la libertad y la verdad. En estos años de estudio su pasión por la verdad se agudiza. Ya desde niño no tolera la mentira. Busca siempre ser verdadero y sincero en todo. No va con rodeos. Siempre dice lo que piensa. Huye de las mentiras. En este tiempo se acentúa su búsqueda obsesiva de la verdad. Al ser muy inteligente busca la verdad en el mundo de las ideas. Trabado en sus afectos quiere que el mundo se corresponda con la verdad que ha pensado. Busca una clave para vivir y no la encuentra. Busca respuestas a todas sus preguntas, pero no las halla. Las ideas parecen ser su seguro, pero allí tampoco todo encaja. Y en la soledad profunda de su alma se hace muchas preguntas trascendentales. Su naturaleza es profunda e inquieta. Es un enamorado de la verdad. No se conforma con respuestas fáciles que convencen a otros niños. El amor a la verdad lo mueve, lo inquieta y lo perturba. Busca, sueña y desea encontrar la paz. Ese amor suyo por lo verdadero le acaba trayendo problemas de convivencia con compañeros y profesores. El amor a la verdad produce tensiones. A algunos les parece el Padre un joven orgulloso y vanidoso. El amor a la verdad sin caridad puede llegar a herir a otros. El Padre es muy crítico y destaca sobre los otros por su inteligencia en los debates que tienen lugar en su formación. Todo lo analiza. Todo lo escruta. No se conforma con cualquier respuesta que le dan los profesores. Quiere ir hasta el fondo de todos los temas. No es adulador. No quiere quedar bien. Esta inquietud lo mantiene encerrado en su alma. Busca la verdad con la razón. No se trata de una crisis de fe, porque nunca duda de Dios. Pero sí duda de la vida y de su misterio. Duda del amor encarnado y de la verdad de las personas. No confía. ¿Cómo se puede reconocer la verdad en la vida cotidiana, de los hombres, cuando todo es tan falible? Las ideas quedan muy lejos de la realidad limitada y frágil. Dice: «*En mi condición de hombre moderno tuve que padecer intensamente la crisis espiritual de este*»¹¹. Sufrió angustia, desamparo, inestabilidad. Se pregunta por el sentido último de la vida. Comete el error de pedir y esperar «*una seguridad metafísica, pero esta, naturalmente, no existe*»¹². Se decepciona de la vida que le rodea. Duda de la verdad de las personas y del mundo en el que vive. El Padre lo describe así: «*En razón del desprendimiento de mi mente y de mi alma de lo terrenal, de lo auténticamente humano, de lo que es el más acá, toda la persona se vio íntimamente atormentada y vapuleada por un escepticismo total, por un idealismo exagerado, por un individualismo desintegrador y por un sobrenaturalismo unilateral. Mentalidad mecanicista que separa la idea de la vida, la persona del tú personal y lo sobrenatural del orden natural*»¹³. Esa ruptura entre ideas y vida, naturaleza y gracia, acabarán conduciéndolo al borde del abismo. No cree que el mundo real se corresponda con la verdad que él percibe en su mundo de ideas. Se aleja entonces de la vida cotidiana lleno de desilusión. Pierde algo necesario para subsistir, el sentido de vida.

Durante esos años de estudios se agudiza en su alma la experiencia de soledad. Comenta el P. Kentenich: «*Millones de hombres se habrían quebrado si hubieran estado abandonados a sí mismos como yo lo estuve. Hube de criarme en completa soledad del alma, porque en mí debía nacer un mundo que más tarde había de ser entregado y transferido a otros. Si mi alma hubiera tenido contacto con la cultura de entonces, en algún momento me habría vinculado personalmente y entonces hoy no podría decir tan terminantemente que mi educación fue obra exclusiva de María, sin otra influencia humana profunda. Soy consciente del peso de esta afirmación*»¹⁴. Es curioso. Esa soledad facilita que surja en él un mundo nuevo. De esta experiencia tan difícil surge una fuente de vida. Con el tiempo el Padre podrá leerlo todo en clave positiva. Ve en ese tiempo una oportunidad que Dios le da para plasmar en su interior un mundo nuevo, en su alma virgen y sellada. Ahí surge Schoenstatt. Ahí llegará a ser quien es gracias a esa historia tan original y tan dura. Gracias a la irrupción de Dios y de María en esa historia. Todo lo

¹¹ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

¹² J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

¹³ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

¹⁴ Kentenich Reader Tomo 1: *Encuentro con el Padre Fundador*, Peter Locher, Jonathan Niehaus

que surge en su interior durante los siguientes años, se lo debe a lo que acontece en su alma en este tiempo de crisis. Ahonda en su interior. De un mal tan terrible como el que él sufrió, Dios logra sacar un bien. Dirá que esa experiencia tan dolorosa le permitió profundizar y crecer en su mundo interior, en la vida del alma. Es cierto que gracias a vivir tan aislado su alma se hace más honda. Y no permanece en la superficie. Es cierto que por no ser capaz de vincularse sanamente con las personas nadie le influye negativamente en su desarrollo. Pero tampoco influyen positivamente, lo cual es una gran carencia. Es verdad que esta soledad tan dolorosa le da una vida interior que de otra forma tal vez no hubiera tenido. Pero le hace vivir infeliz. Son las explicaciones que puede dar al mirar hacia atrás la cruz sufrida en su vida. Creo que el Padre lo hubiera dado todo por no vivir esos años tan duros, de profunda crisis interior. De hecho no quiso que nadie pasara por lo que él pasó. Pero es verdad que cuando fueron superados esos años tan difíciles pudo dar gracias a Dios por lo que se gestó en su alma. Tal vez de otra forma, nunca se hubiera dado.

En este tiempo sufre el Padre una terrible soledad. Un cruel desarraigo. Un duro abandono. Una soledad muy profunda provocada por esa herida del abandono. No tiene padre ni madre ni amigos a los que recurrir. Carece de personas en las que poder confiar. No confía en nadie, y nadie confía en él. Es esta su herida de la confianza. No es capaz de entablar relaciones sanas, profundas y libres. Su alma está enferma. El desarraigo es muy grande. No admite a nadie que no sea necesario en su cercanía. Sufre una crisis de comunicación. *«Un amor totalmente impersonal, un culto a las ideas unilateral ajeno a la vida, un signo de una afectividad bloqueada, una falta de naturalidad y madurez»*¹⁵. Nadie le había influido ni nadie tenía autoridad sobre él. Una soledad dura, dolorosa y árida. *«Dios me guió desde la más tierna infancia por caminos que podrían designarse sendas de desierto»*¹⁶. Crece alejado de los demás. Está bloqueado y cerrado. Va a explicarlo así: *«Estaba tan orientado hacia ideas y tareas que no podía aceptar que alguien me regalase su corazón, o que mi corazón pretendiese latir por alguien. A primera vista esto parece pureza virginal, pero no lo es, ni con mucho; al contrario, es un amor totalmente impersonal, es culto a las ideas unilateral y ajeno a la vida, es señal de una afectividad inhibida, es carencia de espontaneidad y madurez, es prueba de la existencia de una gran cuota de masificación que no logra decir consciente y claramente 'yo', y prefiere hablar en tercera persona y, por lo tanto, dispone a la compulsión por las ideas y a ideas compulsivas, si es que la vida no genera a tiempo un cambio»*¹⁷. Un individualismo que lo separa más todavía de los hombres. No se abre a nadie. Vive encerrado en su mundo interior. Sin un atisbo de felicidad. Vive amargado y triste. Siente un miedo muy fuerte a no salir de ahí, a no poder superar esta crisis. Tuvo una mala experiencia con su único amigo conocido. Un compañero mayor. Para él todo se acaba cuando comprueba que miente y exagera. Parece ser que ese compañero tiene mucha fantasía. Así lo describe: *«No puedes creer en él. Así que tampoco en otras cosas»*¹⁸. Parece que no hay salida. Todo está oscuro. Es José un joven cerrado en sí mismo que no quiere manifestar a nadie lo que está viviendo. No da muestras de debilidad. Junto al desamparo familiar vive el dolor de no sentirse comprendido ni por los compañeros, ni por los superiores. Vive en soledad su propia historia, su profunda herida. Son tiempos difíciles en lo que se confronta con muchas preguntas y miedos que hay en su alma. Desde fuera parece orgulloso y engreído. Arrogante e inaccesible. Demasiado seguro de sí mismo. Pero es sólo una fachada. Dentro hay un joven herido e inseguro. Un joven herido bloqueado en su afectividad. Tiene una marcada *«inclinación a la cerrazón y a la reserva»*¹⁹, como confesaría él mismo más tarde. Un poema que escribió años más tarde refleja la angustia y el dolor que vive: *«Sin hogar. Abandonado y solitario, peregrino por el mundo. Rechazado por mi padre, sin morada familiar. Arrancado del amor de mi madre con férrea mano. Desconocido en el frío tumulto. En torno de mí veo paz. Los otros hablan con entusiasmo de sus padres y madres. Yo me aparto llorando»*²⁰. El dolor de la soledad y del abandono. Se siente un hijo abandonado.

¹⁵ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

¹⁶ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

¹⁷ Christian Feldmann, *Rebelde de Dios*

¹⁸ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

¹⁹ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

²⁰ Kentenich Reader Tomo 1: *Encuentro con el Padre Fundador*, Peter Locher, Jonathan Niehaus

Su crisis se agudiza cuando cae enfermo de tuberculosis. La debilidad física y la fragilidad espiritual se acentúan. Se encuentra ante la encrucijada principal de su vida. Se rompe por dentro. Es una ruptura interior, una lucha muy fuerte que lo quiebra interiormente. Así lo define él: «Desde mi ingreso en el noviciado hasta mi ordenación sacerdotal y todavía un poco más, continuamente tuve que librar luchas intensísimas. Ni el menor atisbo de felicidad y contento interior. Mi director espiritual no me entendía. Mi pensamiento tenía una orientación racionalista y escéptica no sana, por lo cual era escaso el apoyo que hallaba en lo sobrenatural. Fueron tremendas luchas interna y externas, padecimientos espirituales y también físicos. Si no hubiera pasado por este proceso tan fuera de lo común, no sería para ustedes lo que debo ser y me esfuerzo por ser»²¹. Es una honda soledad de hijo abandonado. Una lucha sin cuartel consigo mismo. Y en medio de esa lucha se encuentra solo buscando la verdad. Nadie le comprende porque no pide ayuda. Nadie lo acompaña porque no se deja querer y ayudar. Nadie sabe la profundidad del dolor que sufre. Lo vive todo en silencio. Entre sus muros. Nadie puede ayudarlo en esta crisis. Porque no se deja ayudar. Porque la vive solo. ¡Qué grande es su soledad! No se deja ayudar por nadie. No se abre a otros Sus confesores no le entienden. No tiene un padre espiritual. El Padre está muy débil. No tiene a nadie a quien confiar lo que está sufriendo. Su mundo de las ideas no le da respuestas. Su mente está al límite, al borde del abismo. Y entonces surge el miedo más importante de su vida. Es el temor a volverse loco. Teme perder la razón. Hasta ahora su inteligencia clara ha sido una eficaz luz en su vida, ha sido un pilar. Pero ahora de golpe teme perderlo todo. Es como si nada tuviera sentido en su corazón y teme volverse loco. Se encuentra muy cerca de la locura. Está al borde de perder la razón: «La lucha a muerte por mi subsistencia espiritual y psicológica, ligada a los accesos de escepticismos de la adolescencia cobró, con el paso del tiempo, rasgos de una especie de compulsión que conmovió cuerpo y alma hasta la médula»²². Vive una crisis muy profunda. Una crisis del alma y del cuerpo. La vive en soledad. Sin pedir ayuda. No confía en nadie.

La historia de María con el P. Kentenich comenzaría en Gymnich. Allí le hablaría Catalina a su hijo de María y le enseñaría a rezar. Pero hay una fecha clave en esta historia. Ya antes lo mencioné. El 12 de abril de 1894 es el comienzo de todo. Catalina entrega a su hijo a María en la puerta del orfanato. Es el origen de la sanación del Padre. Catalina Kentenich pronunció tímidamente esta primera alianza. Lo hizo llena de miedo, casi sin saber lo que hacía. Lo hizo con mucha tristeza y con mucha fe. En silencio, rota por el dolor de ese paso que daba. Lo hizo impotente, porque no sabía qué otra cosa podía hacer. Esta humilde y esforzada mujer dio el primer paso sin saberlo. Ella retrocedió, se hizo a un lado, y dejó que María estuviera en primer plano. Catalina, que tanto amaba a su hijo y que a tantas cosas fue capaz de renunciar por él, se convirtió en el primer eslabón de una larga cadena en la vida del Padre. Catalina amaba a María y confiaba en Ella. Seguramente le mostró el rostro de María a su hijo. María se tomó en serio esa alianza. En su alma de niño se queda grabado ese momento. El P. Kentenich se va a referir a este momento como un momento de gracias que marca su vida para siempre. Pero sólo puede contarlo en tercera persona, tan fuerte es para él: «Hace varios años vi en la capilla de un orfanato una estatua de la Sma. Virgen de su cuello colgaba una cadenita de oro con una cruz. Cadena y cruz eran el recuerdo de primera comunión de una madre que tuvo que dejar a su único hijo en un orfanato, a consecuencia de una situación familiar difícil. Ya no podía seguir siendo una madre para su hijo. ¡Qué hacer en medio de su angustia y preocupación! Tomó el único y valioso recuerdo de su infancia y colocó dicha cadenita en el cuello de María pidiéndoles fervorosamente: educa tú a mi hijo. Sé para él una verdadera madre, cumple tú en mi lugar los deberes de madre»²³. Es entregado a María como niño y María lo educa desde entonces. Ha perdido la cercanía de su madre en la tierra. Pero a cambio tendrá a María como Madre. Más tarde el Padre dirá que la Virgen se tomó para siempre en serio esa misión: «En esa consagración se hallaba ya, germinalmente, toda la obra de Schoenstatt»²⁴. Hablando de su historia personal va a señalar la importancia de María a lo largo de esos años: «Me formó y modeló personalmente desde mis nueve años

²¹ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

²² J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

²³ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

²⁴ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

de edad. No me gusta hablar de este tema, pero sí creo poder hacerlo brevemente en el presente contexto. Al echar una mirada retrospectiva les digo que no conozco otra persona que haya ejercido una influencia profunda sobre mi desarrollo»²⁵. Todo comienza ahí entre María y él.

María vela en silencio durante esos años de crisis aguardando a la puerta del alma inquieta del Padre. No es fácil para Ella entrar dentro de su jardín sellado. No puede romper fácilmente sus muros. Sólo por el mundo de las ideas no se llega al corazón, al núcleo de la persona. Para penetrar en su alma María no puede usar la llave de los amigos porque se aleja de todos; ni la llave de los religiosos con los que trata que no tienen tanta influencia sobre él; ni la llave de los profesores que no le convencen en sus búsquedas; ni la llave de su familia que está rota y separada. Tampoco puede usar la llave de su herida de amor porque José en esos años no mira dentro de su corazón y ha construido un muro. María espera paciente hasta que José se rompe. Y en ese momento de ruptura, de crisis profunda, se vuelve a María desde su impotencia, y le suplica. Sólo la tiene a Ella. Le implora ayuda desde sus entrañas. La mira. Tanta soledad está a punto de quebrarlo para siempre. Necesita ayuda. María lo salva. María logra llegar a su corazón y salvarlo. Es la primera relación fuerte y humana que tiene en su vida. A Ella le cuenta su miedo de volverse loco. Un miedo que en ese momento lo llena todo y ciega su entendimiento. Su oración me conmueve: «Si tú quieres que me vuelva loco, lo acepto. Mi cuerpo está sumamente débil y destruido, mi inteligencia para poco me sirve, pero aún me queda la luz de la razón. Si quieres llevártela también, puedes quitármela, es tuya»²⁶. Sale todo lo que ha estado tapado durante años, desde que era niño. Su miedo más profundo. Es la herida más honda de su vida. Profundiza en su alma y allí se encuentra con María. Sólo Ella puede llegar hasta allí. No hay nadie más a quien recurrir. En medio de su mayor miedo, en medio de la necesidad más grande de su vida, mira a María y María lo mira y lo abraza. Vive todo solo con Ella. Anhela el cielo que no puede vivir en la tierra. Y al romperse, por la grieta abierta en su alma, logra entrar en él su Madre del cielo. Entra muy dentro, muy despacio, hasta las fibras más íntimas y allí se queda. Está roto y entonces María lo abraza herido y venda sus heridas. Ninguna persona, tampoco las ideas sobre Dios, lo han tocado en lo hondo, en su misterio. Sólo María lo logra tocar, con delicadeza, con amor. Esa crisis tan honda es el camino que usa su Madre, María, para poder encontrarse con su hijo José. Y se queda para siempre con él. No lo va a soltar nunca. Es entonces cuando empieza a cambiar todo en su vida. Habrán pasado casi 16 años desde aquel 12 de abril de 1894 cuando su madre lo consagró a María en el orfanato. María se tomó en serio ese día la alianza. El Padre da su sí ahora en medio de la crisis.

Por eso la alianza de amor de la que va a hablar después el P. Kentenich no parte de una idea bonita y beata sobre la Virgen. De un pensamiento elevado y lleno de belleza. No es algo teórico. Como acabo de contar la alianza se hace vida en mitad de la crisis más profunda. Se hace realidad en los peores días de su vida. Por eso toca su vida en lo medular, es su experiencia más fuerte. No es un gesto más de devoción mariana. No es algo rutinario. Es mucho más hondo y verdadero. Es un acto lleno de vida, que llega a tomar posesión de toda su persona. La alianza toca lo esencial, lo más profundo del alma, los miedos y todos los anhelos. No puede quedarse en la superficie. Responde a mi sed, a mi búsqueda, a mi misterio, a mi herida. Miro al P. Kentenich. En su historia, María llega a él cuando más lo necesita. Primero se hace presente en la entrada en el orfanato. Pero tuvieron que pasar muchos años hasta que María pudo hacer su obra en José. Es en el momento de su crisis de juventud cuando puede abrazarlo. Es la encrucijada en la que Ella le sale al encuentro. La alianza de amor parte de la crisis profunda en su vida. La alianza tiene lugar en el tiempo más difícil del Padre. Es allí donde María lo salva: «Lo que en todos esos años me permitió conservar la fe fue un amor profundo y sencillo a María»²⁷. En María comienza todo: «Lo que no me pudieron dar los hombres, me fue dispensado directamente por Ella»²⁸. En medio de la crisis José se muestra frágil y

²⁵ Kentenich Reader Tomo 1: *Encuentro con el Padre Fundador*, Peter Locher, Jonathan Niehaus

²⁶ *La historia del P. Kentenich*, P. Hernan Alessandri

²⁷ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

²⁸ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

débil ante María. Se deja ver tal y como es. Está enfermo y se siente muy débil. Se rompen los seguros. Caen los muros. Tiene miedo de perder la razón. Se lo cuenta todo a Ella, confía en Ella. Es verdad que no es normal, ni siquiera sano, que alguien no tenga vínculos humanos fuertes. Que una persona no tenga a nadie en quien confiar. Pero este fue el camino del Padre. Y Dios usó su carencia, porque Él puede hacerlo, para tocar su corazón. José, enfermo y débil, vuelve su rostro a María y Ella puede entrar. Para él era alguien humano. No era una idea. Con Ella no esconde nada, no sobrenaturaliza su crisis. No se justifica. No espiritualiza. No racionaliza lo que le está pasando. Simplemente se derrumba. Así de sencillo. Ella es la única persona ante la que puede abrirse y mostrarse débil. Ante Ella se muestra vulnerable y con miedo. María escucha su súplica. No sé cómo lo hace. Es un misterio. Lo salva en medio de su tempestad. Guía su barca rota a un puerto seguro cuando ya parece hundirse. El Padre lo define así: *«No la ocupación por la ciencia abstracta sino el contacto con la vida. Dicho más exactamente el desposorio entre el más acá y el más allá, entre el ideal y la realidad. Fue para mí la solución de todos los problemas y marcó el rumbo de la misión de mi vida»*²⁹. El Padre cuenta que Ella es la balanza que equilibra su alma en esa crisis. Ella es su gran amor, la que logra unir todo en su interior. Siente que en la medida en que se va entregando a Ella, desde lo que vive, agarrado a Ella, María lo va uniendo por dentro, atándolo a la vida diaria, a lo humano, al corazón. Su amor a Ella es su fuerza principal. Y sentirse amado por Ella es su salvación. No es tan sólo un acto piadoso realizado en la cabeza. Lo que sucede entre José y María toma toda su persona. Llega hasta las fibras más íntimas. Acaricia su herida. Calma su mente. María llega a su camino, a su razón, a su corazón herido. Se hace fuerte en sus ideas, en sus miedos, en sus ideales, en su soledad. María usa la llave que sólo Ella tenía a su alcance. Entra dentro de su alma cuando queda expuesta en su grieta. Y desde entonces, nunca más saldrá de su vida. En su desarraigo echa raíces profundas y eternas en el corazón de su Madre. Es una verdadera conversión. Se siente hijo profundamente amado por María en un momento en el que sus vínculos humanos estaban heridos o casi no existían. En esa cerrazón humana María entra ordenando el desorden interior. Calmando sus ansias y sus miedos. Curando sus heridas en la medida en que él se va entregando a Ella. Del abandono pasa a echar hondas raíces de niño en su Madre. Y así va transformando su alma para hacerla habitable, navegable. Él se da cuenta al mirar su camino de algo importante: *«Sé que la Santísima Virgen ha puesto a mi disposición y de manera incomparable, su omnipotencia suplicante y su corazón maternal»*³⁰. Esa experiencia sanadora salva su vida. Lo hace hijo, y lo prepara para ser padre de muchos años más tarde.

El Padre empieza a pasar del miedo a la confianza en este momento. La confianza del Padre se inicia con su amor hacia María, con la necesidad de estar junto a Ella. Es la única que está cerca. Pienso que precisamente por su herida de abandono el sentirse cobijado en María tiene un valor único y decisivo. Tras pasar la crisis el Padre siente un profundo agradecimiento. Adquiere una seguridad en Ella inamovible. Nunca más va a estar solo. Nunca más Ella lo va a abandonar. Por eso después, en situaciones de tormenta exterior, no tiene tanto miedo. María lo ha sostenido en la tormenta interior, lo ha salvado mucho antes. Ha sido así en sus tempestades interiores, mucho peores que la amenaza de los nazis. El Padre vive así en su alma la enfermedad y la medicina. La ruptura más profunda y el encuentro más hondo con María. La honda soledad y la sanación de sentirse perteneciente a alguien. Por supuesto no sucede todo esto en un día. Son muchos días de entrega en los que María lo va sanando, uniendo y salvando. Es el tiempo que dura ese abrazo entre la Madre y el hijo. Su amor a María, su agradecimiento a Ella, su confianza en su poder y en su amor, se convierten en su segunda piel. En momentos de tempestad acude siempre a María. Ante Ella, por fin, se rompen sus muros, sus bloqueos. María entra dentro de su corazón. El joven José se hace hijo, se vuelve niño débil, inocente, puro. Ella se convierte en su madre. José quiere vivir como un niño *«tomado silenciosa y tranquilamente de la mano de su poderoso padre»*³¹. María y él se encuentran. El amor filial sana su alma. Se siente amado tal y como es, con su historia original, porque esa fue la historia que María recorrió para llegar a él. El Padre recordará siempre lo

²⁹ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

³⁰ Kentenich Reader Tomo 1: *Encuentro con el Padre Fundador*, Peter Locher, Jonathan Niehaus

³¹ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

importante que es recuperar la infancia espiritual para vivir confiado: «Si la infancia espiritual es tan importante como lo indicamos y si es cierto que a muchos les falta la experiencia filial, entonces una de las principales tareas de la educación será la de posibilitar una posvivencia de la filialidad»³². Él lo ha vivido. Ella es su Madre. Ella lo hace todo. El Padre sólo se postra ante Ella, ante nadie más, y se abre por fin. Se hace más humano, más necesitado, más vulnerable. Desde ese momento, él irradia hacia fuera una paz profunda porque ha sido encontrado. Y nunca más en su vida va a dejar de confiar en María. El Padre recibió una gracia especial, un don de Dios: «Una experiencia del amor incomparablemente personal de Dios»³³. Es sanado en lo más profundo por Ella. Es una vivencia muy radical. Experimenta un hondo amor de Madre que lo sana. Ella fue su Madre y su Educadora. Lo forma en lo más íntimo de su soledad. María es la balanza que lo salva de la locura y lo equilibra: «María es por excelencia el punto de intersección entre el más acá y el más allá, entre la naturaleza y la gracia»³⁴. Evita que se rompa totalmente por dentro y une lo que estaba dividido. Logra unir en él las ideas y la vida. La fe y el mundo. La verdad de las ideas y la verdad en lo más humano. Sus ideales y la realidad. Y le abre a un Dios personal que no había conocido a pesar de haber clamado por Él toda su vida. María lo salva cuando más perdido se sentía: «La filialidad sencilla es una brillante solución para todos los problemas»³⁵. Dios le va a mostrar en su herida un camino de salvación para él y para muchos. Se hace niño cobijado en su corazón. Sólo cuando toca fondo y deja a un lado las defensas es cuando sucede el milagro. Las fotos que vemos muestran una crisis profunda y más tarde un gran descubrimiento. Llega sano y salvo a puerto después de la tormenta más terrible de su vida.

El P. Kentenich pasa del miedo a la confianza. Recorre ese camino haciéndose niño. Es el camino que he tratado de explicar en estas páginas. El Padre tuvo muchos miedos. Y María le regaló un corazón confiado cuando ya se encontraba al borde de la desesperación. Ese proceso me impresiona mucho. Pasaron casi 16 años. Mucho tiempo más tarde el P. Kentenich dirá que no tuvo miedo en la cárcel de Coblenza y que tampoco lo tuvo en el campo de concentración de Dachau. Me sorprende esta afirmación. No me gustan las personas que afirman no tener miedo ante una situación que a cualquiera le despertaría ese sentimiento. Tal vez por eso me cuesta entender que el Padre diga no tener miedo en situaciones límites. Viendo su historia y el proceso que se dio en su alma, creo más en sus palabras. Al mirar lo que vivió me resulta más comprensible. Él recibió una gracia especial en un momento muy difícil de crisis. Esa experiencia tan honda lo cambió para toda la vida. De esa forma se volvió confiado para siempre. Después de haber estado al borde de la locura, todo lo demás parecía menor. El Padre dirá más tarde que admira a aquellos que teniendo miedo confían y avanzan en la vida. Quizás porque a él le costó tanto hacerlo cuando era joven y tuvo tanto miedo en medio de su profunda crisis. Admira que alguien siga adelante con miedo en el alma. Cuando él recibió esa gracia de manos de María se sintió para siempre confiado. Ya no tenía miedo. Dejó de temer las malas noticias. Ya había entregado a Dios totalmente su vida. Vivió el abandono en su alianza desde ese momento. Y creyó de corazón que Jesús guiaba sus pasos con amor. Por eso el testimonio de su vida me anima a querer conquistar una confianza tan grande que me permita incluso dormir con paz en la misma ladera del Vesubio. Eso sólo es posible cuando sé que mi vida descansa totalmente en las manos de Dios. Cuando ya me he abandonado y he soltado el timón de mi barca. Pienso que María, su Madre, tomó en sus manos sus miedos cuando estaba más perdido y le dio a cambio su paz. Ese intercambio de corazones sanó al Padre para siempre por dentro. Y el Padre conservó la paz en su corazón desde ese momento. Quizás porque la había necesitado tanto permaneció para siempre. La historia de José Kentenich es dura. Sufrió mucho. Y esta dura vivencia de su juventud fue lo que permitió que María pudiera calmar sus miedos de niño, de joven y de hombre para siempre. Por eso ya no volvió a tener miedo y pudo sostener a otros llenos de confianza en momentos difíciles. Su carencia se convirtió en su misión. Su herida en fuente de vida. No es alguien

³² J. Kentenich, *Niños ante Dios*

³³ Kentenich Reader Tomo 1: *Encuentro con el Padre Fundador*, Peter Locher, Jonathan Niehaus

³⁴ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

³⁵ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

sobrehumano, especial desde la cuna. No es perfecto. Tuvo que recorrer un camino como yo mismo tengo que hacerlo. Desde mis límites. El Padre no lo hizo todo bien. Es sólo un hombre al que María salva de la locura y lo conquista para siempre. Es sólo un hombre que se entregó y se fió de su amor de Madre. Esa imagen del Padre es la que me acerca siempre a él. Es verdad que podía haberse convertido en un hombre desgraciado, en una persona perdida, inútil para el mundo. Su incapacidad de amar, de abrirse, podían haberlo condenado a la soledad más absoluta. Pero no fue así. Gracias a la intervención maternal de María se convirtió en un niño dócil en las manos de Dios. Y llegó así a ser un padre para muchos. A partir de esa experiencia se funda toda su vida. En ese proceso tan hondo descansa toda la historia del P. Kentenich y la historia de Schoenstatt. Es la piedra angular sobre la que parte toda su misión. Es su gran secreto. El verdadero misterio de Schoenstatt del que tanto hablamos. Su cimiento más firme. Es un camino que hizo el Padre de la mano de María y que comparte con nosotros. Es a la vez un camino que le fue dado como don. Me conmueve acercarme a su historia y a su dolor. Es verdad que, de alguna manera, en algún punto, toca el mío. Dios hizo maravillas a través de un hombre herido y profundamente enamorado de María. Su vida está llena de esperanza y de luz. De noches y claros amaneceres. Hay un milagro en el corazón de ese hombre que me hace amar más a María y desear vivir lo mismo que él vivió. Por eso estoy en Schoenstatt. Miro con admiración esa historia entre María y el Padre. Me conmueve ese secreto tan profundo. Esa relación con María desde lo más hondo de su ser. María llegó al lugar de su miedo, de su oscuridad, de su soledad, de su abandono, de su búsqueda. Rompió los muros que lo protegían. Y allí, en medio de tanto dolor, encendió una luz de esperanza. María llegó allí y lo amó profundamente como su niño más querido. Lo abrazó con ternura y fue su faro en el mar oscuro, su puerto seguro en la tormenta, su timón en medio de las olas, su balanza en la ruptura interior. Equilibró su mundo interior tan convulso. Le dio una paz que mantuvo su vida a flote hasta el último día de su camino. Unió firmemente todo lo que en él estaba roto. Y él se entregó del todo.

Lo que él vivió es la propuesta de camino que nos hace el Padre en Schoenstatt. María es ese camino que hizo pasar al Padre de una foto a la otra. Del miedo a la confianza. De la lejanía a los vínculos. De la tristeza a la alegría profunda. Del desarraigo al arraigo hondo. De la soledad al amor que es familia. Eso es lo que cuentan estas fotos. Fue María. Esa certeza acompañó al Padre toda su vida. María no es una idea teológica en la vida del P. Kentenich. Ella es su camino más real y certero. No está lejos, está dentro de su vida. Es la llave que usó Dios para abrir ese corazón cerrado y duro. Y así José Kentenich se abrió primero a Él y después a los demás. Fue una vivencia profunda con mucho dolor y mucha alegría al mismo tiempo. Somos hijos de esa experiencia. Schoenstatt es la manera de plasmar hacia fuera lo que se gestó en el alma de José. Por eso la alianza de amor no es un simple acto piadoso. No es una devoción más. Es algo natural, que brota de las entrañas. Toda la vida del P. Kentenich está fundada en esa unión entre él como hijo y su Madre. Dos almas que se unen para siempre. Desde lo más íntimo de las dos. En la vida interior del Padre fue creciendo el mundo de Schoenstatt. En ese océano de su alma se hizo vida la alianza de amor antes de concretarse de forma original años más tarde en la capillita de un valle de Alemania. Él vivió las gracias del Santuario en su corazón antes de que hubiera un Santuario. María lo preparó para ser padre años más tarde. No hay tormentas peores que las del alma. El Padre, después de su crisis, tuvo esta luz: María siempre lo iba a socorrer. Esta certeza parte de un momento en que se encontró al límite en su vida. María fue quien lo salvó de las aguas. Desde entonces, se entregó como un niño a Ella. El Padre era un hombre profundo. Sus experiencias lo marcaban muy hondo. Quizás su soledad favoreció esto. Esta experiencia fue para él una roca toda su vida. ¡Qué importante es poder desnudarme delante de María, de Jesús, y mostrarme como soy! Hacerlo sin máscaras, sin miedo al rechazo. Ese es el camino que siempre usa Dios para entrar dentro de mí. La alianza de amor se inició ese día en que Catalina puso la medalla de su comunión en el cuello de la Virgen de Oberhausen. Cuando le entregó a su hijo José para que lo cuidara. María estuvo siempre cerca. Ella aceptó el compromiso. Pero fue en la dureza de su crisis, cuando él suplicó impotente a su Madre, cuando se hizo real el sí de María en su vida. Ella lo escuchó y sanó su alma, su mente, su cuerpo y su corazón para siempre. Fue entonces cuando la alianza se selló de verdad entre ellos de forma completa. José se entregó a su Madre. Fue el momento

decisivo. Su Madre se entregó a él. El hombre intelectual entró en su corazón de carne y se hizo niño. Le había entregado su miedo a María y a cambio recibió paz.

Les invito a detenerse en esta historia del Padre que tan bien conocemos. A mirar la vida con sus ojos de niño, de joven. A mirar a María como lo hizo él. ¿Con qué momentos de la vida del Padre me identifico? ¿Con su crisis de soledad? ¿Con su ruptura interior? ¿Comparto sus pasiones por la libertad, por la verdad? ¿Cuál es mi miedo, mi grieta, por la que puede entrar Dios?

2. Del miedo de los hijos a la confianza en el Padre y en María

Del miedo de los jóvenes congregantes a la confianza en la alianza de amor de 1914

El camino es María. Ya no hay miedos. María está dentro del Padre y cambia su alma. Ella es la clave de su vida. Dirá de sí mismo que «obsequió su corazón a la Sma. Virgen y que por entonces selló en su corazón la Alianza de amor con la Sma. Virgen. Guardó ese secreto en su corazón hasta el 18 de octubre de 1914. Para mí fue un acontecimiento tan profundo que no se puede expresar con palabras»³⁶. Va a sentir ese abrazo de María, esa gracia especial de sentirse cobijado en su corazón de Madre. El corazón del hijo está lleno de agradecimiento desde el día en el que fue rescatado. María puede entrar en su corazón sólo cuando él está completamente roto. En medio de su crisis. Es el momento en el que se siente vulnerable. Hay una grieta y entra Ella. Así lo hace también conmigo por la alianza de amor. María llega a mi soledad, a mi herida. Ahonda en mi mundo interior. Toca mis heridas más profundas cuando estoy más débil, cuando estoy frágil, cuando necesito ayuda. Mientras no deje abierta la grieta y no me rompa, me sentiré seguro de mis fuerzas y María no podrá entrar. Pero cuando la dejo entrar, cuando estoy desarmado, Ella me abraza con cariño de Madre y me da el equilibrio que me falta. Educa mis sentimientos y los ordena. Pone armonía en tantos afectos desordenados que me llevan por donde no quiero ir. Ella me da paz cuando estoy roto y no me siento seguro de nada. Cuando caen mis defensas. Eso me lo enseñó el P. Kentenich. Es así como lo hizo con él. María había velado siempre por su hijo José y se había tomado en serio la entrega de Catalina Kentenich aquel 12 de abril. Pero ya antes José había estado cerca de María. Desde niño rezaba esta oración: «Dios te salve, María. Por tu pureza, conserva puros mi cuerpo y mi alma. Ábreme ampliamente tu corazón. Y el corazón de tu Hijo». La había compuesto él mismo: «Se trata de una oración que yo mismo formulé cuando era niño. Siempre me arrodillaba y rezaba esa oración»³⁷. Y especialmente desde aquel 12 de abril tuvo un vínculo fuerte con Ella. Pero no fue suficiente. No es hasta la crisis cuando Ella pudo entrar. Más tarde, mirando su vida, el Padre recuerda la historia de Santa Teresa de Jesús y de Santa Teresita del Niño Jesús. Le resultan familiares sus vivencias. Se identifica con ellas. Santa Teresa pierde a su madre a la edad de 14 años. Esa pérdida la sumerge en una crisis espiritual y en ella se encuentra con María. Santa Teresita por su parte también pierde a su madre carnal con cinco años y a su madre postiza, Paulina, su hermana mayor, más tarde, cuando ella ingresa en el Carmelo. Santa Teresita busca a María y se encuentra con Ella. Habla entonces de la «encantadora sonrisa de la Santísima Virgen»³⁸. El Padre lo interpreta como una experiencia personal de Dios en estas dos santas: «Hubo de convertirse en vivencia fundamental de su alma: La sonrisa de la Sma. Virgen como símbolo de la sonrisa del eterno Padre Dios. Una sonrisa benevolente. Un amor personal incomparable. Sería hermoso que también nosotros tuviéramos una vivencia así»³⁹. El Padre se identifica con ellas. Él tampoco ha tenido padre. Y al llegar al orfanato se ha quedado sin madre. Su experiencia es semejante. La sonrisa de María, el amor de María, la mirada de María, llegan a él y lo acaban cambiando. María se hace presente en su vida de forma muy especial a partir de aquel 12 de abril. Después es en su crisis más profunda cuando Ella puede entrar en su alma. A partir de ahí María lo conduce al corazón de Dios como hijo. Ella marca su imagen de Dios Padre. Una imagen de Dios misericordioso del que él va a hablar siempre: «El Padre Dios nos ama infinitamente. Un Padre Dios que nos sale al encuentro sonriendo. Un Padre que no puede hacer otra cosa que amarnos indeciblemente»⁴⁰. En sus años de juventud, en medio de la crisis, la experiencia de saberse niño en brazos de María le lleva a sentirse hijo ante Dios Padre. Un Padre bueno que lo espera siempre. El Padre vuelve su mirada al pasado. Ve su historia difícil, llena de miedos y oscuridades, y ve la mirada misericordiosa de Dios sobre ella. La imagen de Dios que el Padre tiene grabada en su corazón es la de un Padre bueno y misericordioso. ¿Cómo es eso posible con la infancia y la juventud que tuvo? No tuvo padre en la tierra. Se sintió abandonado por los

³⁶ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

³⁷ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

³⁸ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

³⁹ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

⁴⁰ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

hombres. Cerrado en su soledad. Y pese a ello vence en su corazón la imagen de un Dios misericordioso. Me parece increíble. Esta imagen la graba directamente María en su corazón. Él no ha conocido un padre humano así en la tierra. Matthias no fue misericordioso con él. No lo acogió en su vida. Aún así Dios ha grabado su rostro misericordioso en su alma a través del abrazo de María. Es el misterio que vivió el Padre. Su gran experiencia salvadora y sanadora. Desde entonces siempre que habla de Dios es de un Dios lleno de misericordia que me abraza y perdona.

Pero aún no hemos llegado a las segundas fotos. Esas en las que el Padre sonrío y ama. Se relaciona y tiene paz. No, todavía no. Estamos sólo en el camino entre un momento y otro. Es verdad que en mi vida siempre será así. Viviré entre el rostro triste del niño y el alegre del adulto. Entre las lágrimas y el miedo de un niño abandonado. Y la sonrisa franca y la confianza de un hombre que ha madurado. Entre un momento de soledad y el otro momento de paz. Entre esos dos momentos hay muchos puntos intermedios en los que me puedo detener. En el Padre fue así. No pasó de golpe de uno a otro. Fue un camino largo, el camino de toda su vida. En mi caso es similar. A veces retrocedo hacia el niño temeroso cuando me olvido del abrazo de María. En otras ocasiones me siento mucho más cerca de la carcajada del Padre que se siente en paz con su vida. Es un proceso en el que avanzo y retrocedo, sonrío y me aílo. En la vida siempre hay matices y tonos grises. Es el claroscuro del camino. Hay sombras y luz. Avanzo y retrocedo. Así suele ser. En el Padre miramos el proceso completo con la perspectiva de los años. Él mismo vive ese crecimiento gradual. Pero ahora quiero detenerme directamente en el punto de inicio y en el punto final. Omito los pasos intermedios porque no es preciso hacerlo ahora. Prefiero contemplar el milagro completo. María cambia al Padre en su corazón y lo hace para siempre. Lo cambia muy profundamente y de forma integral. Lo sana haciéndolo hijo confiado y a partir de ese momento el Padre comienza a crecer. Esa experiencia sobrenatural y natural a la vez le devuelve el equilibrio que en la crisis más profunda había perdido totalmente. No se vuelve loco, como él tanto temía, y a cambio recobra la paz. Aún así, el mismo P. Kentenich va a contar que el verdadero final de su crisis llegará a partir de su ordenación y más adelante con su paternidad. María aún tiene que transformar del todo su corazón y necesita que se haga padre. Ese proceso es el que voy a profundizar a partir de ahora. Ya no es el niño temeroso de las primeras fotos. Pero tampoco es aún el padre confiado y alegre del final del camino. Estamos en camino.

Antes me quiero detener en otro miedo del Padre unido a un profundo dolor. Me refiero a la confianza. En Schoenstatt hablamos de la pedagogía de la confianza. Es algo esencial en el crecimiento, en la educación. El Padre sufre en su carne, siendo niño, joven y después adulto, la desconfianza. Sus superiores no confían del todo en él. Es verdad que resulta difícil para los superiores conocer sus pensamientos más profundos, lo que hay en su interior, porque es hermético. Él mismo, durante su infancia y juventud, tampoco había confiado en nadie. Surgen dudas sobre su persona. ¿Quién es realmente José Kentenich? Desconfían de ese joven hermético y enigmático. Profundo y al mismo tiempo desconfiado. Inteligente y demasiado libre y autónomo. No logran conocerlo. Desconfían y se preguntan: ¿Será más tarde obediente cuando lleguen momentos de tensión? ¿Se podrá confiar de verdad en él pase lo que pase? Surgen preguntas razonables. Dudas posibles. Temen que José les falle. Por eso en el momento en el que tienen que decidir su futuro, desconfían. Y en la primera votación para ser aceptado al diaconado, deciden que no sea ordenado. Tres padres del consejo no lo ven claro. Dos votos sí son favorables. Pero su superior, el P. Kolb, sí confía en él y cree en lo que hay en su interior. Era ese padre con el que José hablaba. Aunque luego más tarde el Padre reconozca que sólo María influyó en él. El P. Kolb, con mucho dolor le comunica a José la decisión de la comunidad y su reacción tan medida y madura le sorprende. Esa reacción le hace creer más en su intuición. Le pregunta qué va a hacer. Y él sólo responde que piensa acabar sus estudios. No hay rebeldía, no hay amargura en su respuesta. ¿Estará reprimiendo su dolor ante una nueva herida? ¿Estará huyendo hacia su interior de nuevo? No lo sé, pero no lo creo. María ya ha empezado a cambiar su corazón y le ha dado paz, quitando los miedos. Ya ha salido de su crisis sin volverse loco. Ya comienza a ver algo de luz en su horizonte. Es verdad que esa decisión seguro que le heriría. Un nuevo desengaño. La desconfianza de nuevo en su vida. El Padre no había vivido en un ambiente de confianza plena. Él mismo había sido desconfiado de los demás. Encerrado en sí mismo. El P. Kolb lo escucha conmovido y decide

entonces apostar por él. Habla con otro de los padres palotinos. El consejo se reúne de nuevo y acepta a José al sacerdocio por un voto, tres contra dos. El Padre es aceptado. Pero no desaparece esa sombra de desconfianza. ¡Qué difícil resulta a veces sentir que tu camino, que tu vida, que lo que Dios quiere para ti, está en manos de hombres que quizás no te comprenden del todo! Dios se manifiesta a través de sus decisiones. La fe de su superior permite su ordenación. Si él no hubiera confiado no se habría ordenado. Gracias al cambio de voto de un solo sacerdote se ordena. Pero dos miembros del consejo siguen pensando que es mejor no ordenarlo. Desconfían. El Padre es ordenado por su amor a la verdad. Gracias a ese voto existe Schoenstatt. Parece casualidad, azar, suerte. Pero es la providencia y el amor de Dios lo que conduce la vida del Padre.

El Padre es ordenado sacerdote el 8 julio de 1910. Su primera misa tiene lugar el 10 julio de 1910. Ya es sacerdote palotino. Han desaparecido sus miedos. ¿También el que ha provocado el dolor de la desconfianza? Puede que ese miedo a que nunca confíen del todo en él y sospechen, lo acompañe siempre. Pero no por ello dejará de emprender sus sueños y proyectos. Confiará en la conducción de Dios como lo hizo ese día en el que le dijeron que no se iba a ordenar. Pienso en el dolor que le produjo la sospecha. Desconfían de él cuando comienza a crecer Schoenstatt. Desconfían de él los nazis. Desconfía de él la misma Iglesia y tiene que vivir el exilio. Desconfía de él la comunidad a la que entregó su vida. Vivirá muchas veces en su carne la desconfianza. Pero él sabe ahora que su vida descansa en manos de María. Ella lo sostiene y por eso confía. Incluso en los momentos de mayor oscuridad. No hay nada que temer. El Padre vive esta experiencia tan honda, tan dolorosa y bendecida de la desconfianza. Desconfían de él y no por ello deja de confiar. Algo cambió en su alma el día en el que María tomó posesión de su vida. Ya puede confiar siempre. Aunque otros no confíen en él. Y entonces hace de la confianza un pilar fundamental de su vida, de su carisma. ¿Cómo se puede ser confiado desde la desconfianza vivida? Sólo si hay una certeza mayor en el corazón. Es lo que sucedió en su alma. María cree en él. Y él confía plenamente. Y después otros muchos se confiarán en sus manos, creerán también en él y harán fuerte ese pilar de la confianza. ¡Qué importante la confianza en la vida! La confianza que recibo es la que me permite caminar. La confianza que doy es la que permite crecer a otros. La confianza en el amor de Dios es la que sostiene mi vida. Como sostuvo la del Padre Kentenich. Y sanó profundamente su herida de desconfianza.

Ha llegado al comienzo de su camino como padre. Pero todavía no ha sanado totalmente su corazón. Sigue muy herido, muy cerrado. Todavía no ha roto las barreras que le permitan más tarde crear vínculos profundos. Hasta ahora las circunstancias en su vida han marcado su camino. Dios habla siempre en lo que nos sucede. En la vida del Padre ha sido así. Ha usado esas circunstancias para su plan de amor. El P. Kentenich, después de ordenarse sacerdote, no puede irse a la misión como casi todos los palotinos. El motivo es su salud física. Es otro dolor. La grave enfermedad pulmonar que agravó su crisis en el seminario ha dejado secuelas en sus pulmones. Los palotinos son misioneros y están presentes en África. Pero él no puede partir como misionero porque no soportaría la climatología de ese lugar. Debió ser difícil para él. Sabía que el sentido principal de ser palotino era la misión. Sería complicada la renuncia. ¿Qué quería Dios ahora? ¿Cómo poder ser útil si no podía ser misionero? No es que tuviera especiales deseos de irse a la misión. Pero él sabía que era lo habitual en la orden de los palotinos. ¿Qué harían ahora con él? Su primer encargo es como profesor de latín y alemán en el seminario menor, en Ehrenbreitstein, en Coblenza. Además de la confesión y celebración de la eucaristía. Trabaja con jóvenes seminaristas. Les da clases. Su propia vivencia en el orfanato hace que sepa muy bien la forma como no quiere educar. Por eso actúa como un profesor que comparte con sus alumnos sin imponer nada. Trata de que sus alumnos lleguen juntos a la verdad. No da soluciones fáciles. Busca que averigüen ellos las respuestas de los problemas. Quiere alumnos autónomos que piensan por sí mismos con libertad. Enseña con un estilo propio, un estilo de confianza. Confía en ellos. Este método no es nada habitual en esa época en la que el control era más importante que la confianza. No encaja tanto su estilo de compartir con las clases magistrales de los profesores de su tiempo. Aquí se hace concreto su profunda pasión por la libertad. Será siempre una constante en él. Él ya soportó una educación rígida en la escuela y en el seminario sin mucha libertad. Anhelaba enseñar de otra forma. Sus métodos son controvertidos. No todos los ven bien. No por ello deja de entregar su forma de ver la

educación. Es su regalo a los alumnos. Lo que él tanto deseó recibir en su educación, puede ahora regármelo. Es una educación centrada en la libertad, en el hombre, en la originalidad de cada uno y no sólo en las normas rígidas que hay que cumplir siempre. Busca el respeto a la originalidad de cada uno. Acepta los procesos de crecimiento. No sólo transmite ideas. Quiere educar toda la persona. Y quiere que los alumnos crezcan en libertad y autonomía.

Pasan dos años y providencialmente el Padre es elegido director espiritual en el nuevo seminario menor palotino en Schoenstatt. Todo sucede de forma imprevista. Después del verano de 1912 recibe este nuevo encargo. La elección le llega porque se enferman dos sacerdotes que estaban previstos para este trabajo. ¿Por qué recurren a él? Por necesidad. Así se manifiesta Dios en esta ocasión. Las circunstancias son los escalones que Dios usa para llegar hasta él, para cambiar la historia de ese sacerdote. Y la nuestra. Es en esta nueva tarea donde María termina de modelar su alma en el contacto con los jóvenes. A veces las circunstancias pueden parecer favorables, otras veces desfavorables. No sabemos si lo que va a suceder será bueno o malo. En realidad antes no lo sabemos. Todo dependerá de cómo se mire la vida. Lo que sí sé es que Dios siempre usa mi historia personal para hablarme en ella en las circunstancias. Me habla a través de sucesos, de personas concretas. No sólo me habla en el interior de mi corazón. Eso me da paz porque confío en su amor y creo en su camino. Desaparece así el temor que a veces tengo a la vida y a los futuros. A menudo me agobio porque no sé si todo va a ir bien o mal. Quiero controlarlo todo porque desconfío. Creo que mi vida depende de otros, o de mí, o de las circunstancias y me asalta el miedo. Quiero recordar que Dios siempre conduce mi historia más allá del azar. El Padre me enseña a confiar más en ese plan de Dios. Me enseña el método de la fe práctica en la Divina Providencia. Así me guía Dios. Su amor misericordioso conduce mi camino. El Padre, después de un largo camino, llega por fin al lugar donde va a ser capaz de sacar de su corazón el mundo que él ha vivido en su interior. Él no lo sabía pero ahí se encontraba su misión de vida. Dios tiene un plan de amor para él. Ese lugar y esa responsabilidad que asume con fe van a ser la cuna de algo muy grande. Su nueva labor consiste en cuidar el alma de los seminaristas. Son jóvenes que han dejado su familia para formarse. Están solos. Necesitan protección. Para ellos este camino es una gran aventura. Hasta ahora el Padre, como profesor, había mantenido la distancia. Ahora asume como padre espiritual el desafío de ser educador. Se entrega completamente a cada uno de ellos. Los jóvenes se acercan a él, lo buscan. Es su padre y madre al mismo tiempo. Porque necesitan un padre y una madre. Necesitan una madre que esté pendiente de sus más cotidianas necesidades, de lo más esencial. Y un padre que los lance a volar y les dé confianza. Un padre que les abra horizontes y los haga soñar. El Padre tiene paz en su corazón. Ya no está en una profunda crisis interna como lo estuvo en el seminario. Ya puede ser lugar de reposo para esos jóvenes. Los acoge y les da confianza. Ha madurado desde el día en el que María lo rescatara al borde del abismo. Ahora ya puede entregar su corazón por entero porque lo posee y es dueño de sí mismo: «*Me pongo a disposición de ustedes con todo lo que soy y tengo: con lo que sé y lo que ignoro, con lo que puedo y lo que no puedo, pero sobre todo con mi corazón*»⁴¹. Algo ha cambiado en él. Han caído los muros que lo protegían y defendían del mundo.

Ahora el Padre como educador inicia un nuevo camino. Se adentra confiado en un mundo totalmente nuevo para él. Es el mundo desafiante y siempre peligroso de los vínculos. Un mundo delicado porque tiene riesgo el hecho de vincularse y amar. Pueden surgir las tensiones, los celos, las envidias, las dependencias, las desviaciones. El riesgo del vínculo siempre está presente. El Padre asume el riesgo de derribar sus muros y amar. En esa confianza entregada y recibida va sanando su orfandad y su falta de hogar. Echa raíces y al mismo tiempo regala un hogar a los que se sentían huérfanos. Comienza a entablar relaciones sanas, fuertes y personales con esos jóvenes que le confían sus vidas. Ellos crecen y maduran como hijos confiando en él. Y él crece como padre al sentir ese amor profundo. Surgen en su interior nuevas fuerzas antes desconocidas. En ese contacto con los jóvenes se empieza a sentir padre. Y ellos comienzan a sentirse hijos suyos. Este proceso es lento, pero profundo. Y es cierto que estos años acaban por sanar su herida de abandono. Él, que no había tenido padre, sana esa carencia cuando comienza a recibir el amor filial

⁴¹ Kentenich Reader Tomo 1: *Encuentro con el Padre Fundador*, Peter Locher, Jonathan Niehaus

de sus hijos. Se convierte en padre poco a poco, lentamente: *«La vivencia de una paternidad elevada puede convertirse en posvivencia de la filialidad no vivida en su momento oportuno. Supongamos que yo jamás me sentí niño ante otra persona. Ahora que soy sacerdote tengo la ocasión de despertar todo mi amor paternal. Comenzaré a tener la experiencia de la infancia espiritual que se suscita en los demás y que a su vez despertará en vosotros toda la riqueza aletargada de la paternidad»*⁴². Así acaba de sanarse y desarrollar lo que hasta ahora estaba roto en él. Era incapaz de salir de sí mismo y crear relaciones sanas. Desconfiaba. No quería volver a ser herido. Tenía miedo a exponerse. Ahora ha vencido los miedos y ve cómo crecen esos vínculos que antes había sido incapaz de entablar: *«Mis luchas terminaron cuando fui ordenado sacerdote y pude proyectar, formar y modelar en otros el mundo que llevaba en mi interior. El constante especular encontró su saneamiento en la vida cotidiana. Este es además el motivo por qué conozco tan bien el alma moderna, aquello que causa tanto mal en Occidente. ¿A quién debo agradecer todo esto? Viene de arriba. Sin duda de la Sma. Virgen. Ella es el gran regalo. De este modo pude, además de la enfermedad, experimentar también en mi propia persona, y muy abundantemente, la medicina»*⁴³. María lo pone en contacto con la vida concreta. Con lo humano. Lo lleva de la mano a entrar en contacto con las personas con sus problemas y miedos, con sus sueños y alegrías. Deja el mundo de las ideas, el mundo de la reflexión metafísica, para tocar la vida concreta, lo más humano. Y ve cómo empiezan a unirse en su corazón la verdad y la vida. Todo comienza a encajar. Ya no teme abrir su alma. Ya no teme vincularse y amar. Asume el riesgo.

El Padre se enamora de lo humano y el amor humano lo humaniza. Termina así su gran crisis de la juventud. Desaparece ese dolor que ha sufrido antes por no ser capaz de romper los muros que protegían su alma. Vence esas decepciones que lo habían vuelto escéptico y crítico. Toda esa amargura y angustia desaparecen de su alma. Comienza una nueva etapa de su vida llena de luz y de esperanza. Su propia falta de hogar le lleva a aceptar la misión de ser hogar para muchos. No quiere que a otros les suceda lo mismo que le ha ocurrido a él. Su dolor se convierte en misión de vida. Su herida comienza a ser una fuente de vida. Su desarraigo lo lleva a echar raíces hondas en María y ahora en el corazón de los jóvenes. Otros pueden arraigarse en su corazón paternal. Lo ve todo con tanta claridad que a mí mismo se me abren los ojos y entiendo tantas cosas. A veces en mi vida tapo mi herida, escondo mi deficiencia, oculto mi error, silencio mi pecado, intento olvidar lo sucedido y disimulo mis miedos. Porque creo que de ellos no va a salir nada bueno para mí, para nadie. Pienso que sólo mis talentos y virtudes serán útiles y fecundos para Dios. Pero no mi herida más honda. Me equivoco. Tal vez porque imagino que Dios no es capaz de trabajar con mi fragilidad y sacar algo bueno de lo malo que hay en mí. Como si a Él sólo le gustara mi luz pero no mis sombras. ¡Qué lejos estoy de la verdad! Al mirar al P. Kentenich me doy cuenta de cómo actúa Dios en el hombre. En su historia veo que no actúa como yo pienso tantas veces. Me hace ver que precisamente de mi debilidad él saca una fuente de vida. Que en mi pobreza Él está más presente que nunca. Y así en mi barro brilla más la fuerza de su espíritu. En mi pecado la luz de su gracia. Y de mi dolor más grande puede sacar una bendición para muchos y hacer de mi carencia una misión de vida. Dios puede convertir mi difícil pasado en un camino de esperanza para mí y para muchos. Aunque me cueste mucho besar mis heridas. Así fue en el Padre. Y por eso años más tarde va a poder confesar algo que me da mucha luz: *«Al ver cuántas personas han perdido su hogar, se suscita en mí una fuerza que me impulsa a poner todo mi amor a disposición de la gente. Permítanme confesarles que esta fue una de las fuerzas motrices que me llevaron a ordenarme sacerdote, poner a disposición de los hombres todas mis energías. No tengo a nadie, así ocurrió en mi caso, por eso el firme principio: lo que te ha pasado a ti, que en lo posible no le pase a nadie más. De ahí brota la fuerza para renunciar a uno mismo. Brindemos hogar a otros cuando nuestro propio corazón clame por hogar»*⁴⁴. No quería que otros pasaran lo que él mismo había pasado. Su sacerdocio cobra sentido para él en esta perspectiva. ¡Qué lejos de los motivos que habría en su corazón cuando se decidió por el sacerdocio siendo niño, el año de su primera comunión! Ahora muchas cosas han cambiado. Mira su historia llena de dolor y de frustración y descubre su misión oculta en el barro. Mira las

⁴² Kentenich Reader Tomo 1: *Encuentro con el Padre Fundador*, Peter Locher, Jonathan Niehaus

⁴³ J. Kentenich, Bellavista 1949

⁴⁴ J. Kentenich, conferencia 28 noviembre 1946

carencias de su infancia y juventud y ve no un obstáculo, sino una posibilidad de crecimiento, un camino de vida, una vocación. Una herida de la que brota agua. María lo ha cambiado del todo, ha cambiado su mirada. Él se ha dejado modelar, se ha dejado hacer. María todo lo ha hecho nuevo en él. El Padre decide entonces que no quiere que otros sufran lo que él mismo sufrió. Su herida lo hace hijo, y después, una vez que es hijo, es cuando puede ser padre. Su sed de amor se calma definitivamente amando profundamente a otros y siendo amado por ellos. Y abrazando por misericordia el amor humano y cercano de muchos hijos, sana para siempre. Pone a su disposición su corazón y esa entrega lo cambia todo. A cambio recibe el corazón de muchos hijos, la confianza de los que le quieren.

Se han roto los muros que lo separan de los demás, del mundo, de la vida concreta, de lo humano. La confianza de esos chicos en él lo hacen padre, le devuelven la confianza en el hombre y en sí mismo. Ellos confían en su fragilidad y él confía en ellos. Es hogar para otros cuando su propia alma clama por hogar. Puede dar seguridad a los inseguros estando él inseguro. Puede ser roca para los que tienen miedo siendo él una roca que se ha roto. Justamente ahí se esconde el mayor misterio, el mayor don. Por la grieta de su alma rota entra María en él. Y al mismo tiempo entra ahora el amor humano. El amor que pacifica. El amor de muchos hijos que lo descubren como padre y descansan en él. Él mismo se descubre como padre, algo nuevo que lo hace feliz. Encuentra el sentido de su vida. Ese sentido que no encontraba en su crisis. Y así puede abrir el horizonte a tantos que viven angustiados en la estrechez de su mirada. Esos jóvenes se hacen sus hijos y echan raíces en su corazón de padre. Esta paternidad que le regalan, esa paternidad que él va madurando, es la que hace que termine de descubrir el rostro misericordioso de Dios Padre. Así lo cuenta: *«Después de la ordenación sacerdotal fue germinando en mí una amplia paternidad que tendía a obrar con creatividad y amor servicial. Una paternidad suscitada por el mismo prójimo. Y así todas las fuerzas intactas del amor que había en mi interior, se transformaron en amor paternal y regalaron amplios campos de la tierra por la que podía transitar»*⁴⁵. Una paternidad fecunda que nace desde la fragilidad. Por eso creo que las fotos muestran muy bien el cambio, el camino recorrido. Las dos fotos en color muestran esa experiencia de padre y de hijo. Se ríe con otros. Está relajado. Tiene paz. Parece no tener miedo a la vida. Se deja tocar. Se alegra con las cosas sencillas. Se acerca a los hombres y los ama. Ama a los suyos. Y los hombres se acercan a él y lo tocan. A veces lo abruman con su cariño. Él se deja querer. Como lo hacía Jesús. Los seminaristas son sus primeros hijos. Luego vendrán muchos más. Los congregantes y él se pertenecen mutuamente y para siempre. Se rompe para el Padre la relación unilateralmente vertical entre él y Dios. El Padre no tuvo hermanos. No se sintió hijo de padres humanos. No fue fraterno. No tuvo amigos. Y ahora, por primera vez, tiene hijos. Es bonito ese camino que recorre en el claroscuro de la vida. No es quizás el más habitual. Normalmente todos tenemos experiencias fuertes como hermanos, como hijos. En su caso esta carencia guardó su amor virgen e intacto. Y cuando llegó su momento pudo entregarlo abriendo el corazón ampliamente, dejando brotar el agua de su fuente. Para mí es un milagro porque lo más normal es pensar que nunca lo hubiera abierto. Era tan grande su herida. Pero María lo hizo posible. Dios quería regalar a través del Padre un carisma inmenso para la Iglesia. Un carisma que ahora descansa en nuestras manos. Y nos hace responsables de su continuidad. Dios quería que el Padre viviera este milagro de misericordia primero en su corazón herido. Y sólo entonces le dejó entregarlo a sus hijos. Su experiencia me hace ver que yo también, desde mi herida, puedo regalar ese mismo carisma. Puedo ser hijo y padre siguiendo mi camino, desde mi pobreza. Porque en el Padre no veo a un sacerdote perfecto, inmaculado, sin mancha. Veo más bien a un hombre herido que ha sido sanado por Dios, rescatado de sus cenizas. Primero llegó María a su alma para romper los miedos y hacerlo hijo. Y después fue su propia paternidad lo que le hizo descubrir el deseo de Dios para su vida. Su herida más honda de soledad se convierte entonces en fuente de vida. En fuente de paz y felicidad para muchos. Ahí encontró su misión concreta. Había nacido para ser padre sin él saberlo. Él, que no había tenido padre, ahora era padre. De su carencia brota su misión. Y descubre que es su vocación más profunda, la más verdadera. Dios lo había llamado para eso. Todo encaja. ¿Quién le hubiera dicho esto en el peor momento de su crisis? No lo hubiera

⁴⁵ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

creído. Es a través del amor humano como Dios terminó de sanar su corazón roto. Ese amor humano que no había vivido. Su herida se convierte así en fuente de sanación para muchos.

La obra de Schoenstatt brota del alma del P. Kentenich. El mundo que surgió en su interior es obra de María en él. La alianza de amor se tejió en el alma del Padre. Por eso lo que nos regala a todos es su propia experiencia de vida. El mundo del Padre se convierte así en patrimonio de toda la Familia, de toda la Iglesia. Es un regalo para el hombre que sufre la soledad. Todo comenzó en ese tiempo en el que llegó como director espiritual a Vallendar, dicho con sus palabras, «*a proyectar hacia afuera, dar forma, modelar el mundo que llevaba en mí*»⁴⁶. Regaló su mayor tesoro, por el que merecía la pena venderlo todo. Entregó su misterio. Lo que sucedió dentro de su alma lo plasmó en sus hijos. Fue poco a poco, paso a paso. En 1912, cuando llegó a Schoenstatt, les dijo a esos chicos que «*su corazón les pertenecía*». Y también les dijo: «*Exigiré mucho de ustedes. Y ustedes pueden exigir el máximo de mí. Así entonces en este año llegaremos a ser buenos amigos*»⁴⁷. ¡Qué lenguaje más distinto a lo que él había recibido y al que era costumbre en esa época! Había más distancia entre seminaristas y padres. Pero él ya no quería la distancia, ya no deseaba la frialdad, ni la ausencia de vínculos. Ya lo había sufrido en exceso y no quería que nadie más sufriera la soledad y la ruptura que él mismo había vivido. Se entregó de forma personal a cada seminarista. Ayudó a cada uno a descubrir su originalidad, su propio sello, su camino. Les dio libertad y confianza. Respetó los pasos que daban. Les ayudó a tomar decisiones en conciencia, libremente, sin imponerles nada. Aprendió a quererlos de forma concreta en lo humano. Con amor de padre y de madre al mismo tiempo. Y lo más importante, se dejó querer por ellos como nunca antes se había dejado querer. Se dejó tocar él que había buscado tanto la distancia. Se dejó complementar por el amor de sus hijos. María había roto los muros definitivamente. ¡Qué alegría para él poder regalar a otros lo que él tanto había deseado y necesitado! Su propia historia lo hizo único. En su época de profesor de latín en Ehrenbreitstein había mantenido todavía cierta distancia con sus alumnos. Sólo daba clase, sólo conocimientos, aunque lo hiciera de forma distinta. Pero ahora, como director espiritual, su tarea son los jóvenes y dedicarles a ellos su vida de forma completa. Como padre y como madre. Sus propias carencias, sus propias luchas, su soledad, le hicieron desear que nadie viviera lo que él había vivido. Quiso darles a esos chicos ese hogar que él no tuvo. Les da arraigo, seguridad, amor, calidez. Se preocupa por cada uno. Esa confianza que él había encontrado en María se la regaló él a los seminaristas. Ellos se hicieron hijos y él padre. Aprendieron a confiar en ese vínculo hondo. María modeló su corazón de padre como había modelado su corazón de hijo. Así fue surgiendo primero la congregación misional y después la congregación mariana. Esa pertenencia mutua en una congregación les regaló una misión común. Soñaban juntos. Confiaban en él. Querían ser santos y vivir para Dios. Les propuso un programa que después se llamaría acta de prefundación de Schoenstatt (27-10-1912): «*Bajo la protección de María, queremos aprender a educarnos a nosotros mismos para llegar a ser personalidades libres, recias y sacerdotales*». Me llama la atención el uso de la palabra libre en esa época. Él había sufrido mucho esa falta de libertad y quería regalarla ahora. De forma innata, como un sello en su alma, Dios había puesto en él un anhelo de libertad muy fuerte. Una pasión. El Padre siempre quiso ser un hombre plenamente libre. Fue un niño libre. Un joven con intenso deseo de libertad. No quería que le impusieran nada con lo que él no estuviera de acuerdo. No se dejaba sobornar ni condicionar. Quería ser libre en toda circunstancia. Es cierto que su herida le había quitado libertad en los años más difíciles. ¡Qué difícil hablar de su pasado, de su herida! Pero el anhelo de libertad seguía intacto. Quiere ser libre siempre. Con esa libertad interior de los hijos que se saben amados. Por eso puede entregar esa experiencia personal con María. Ella sanó su alma. Es lo que regala a los jóvenes durante esos años. Su amor cálido y profundo a María. Su misión de educador, de padre, sacó lo mejor de él. Dio mucha importancia a esa forma de vivir en libertad. No quería educar hombres masificados. Él nunca lo fue. El Padre no quería hacer nada sin los congregantes, no quería imponer nada. Sólo deseaba que Dios suscitara en sus corazones jóvenes un fuerte anhelo de santidad. Y así fue creciendo el entusiasmo. Nos encontramos en 1914.

⁴⁶ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

⁴⁷ J. Kentenich, *Los años ocultos*, Dorothea M. Schlickmann

¿Cómo surgió la alianza de amor? El Padre tenía en su corazón el secreto anhelo de regalar a los demás todo lo que él había recibido de María. Pero, ¿cómo plasmarlo en otros? ¿Cómo hacer que cada uno, desde su propia originalidad y su historia, pudiera vivir como hijo, arraigado profundamente en el corazón de María y de Jesús? ¿Cómo lograría que María calmara todos sus miedos como lo hizo en él? Parecía imposible poder transmitir esa experiencia tan personal. Además, cada chico tenía que hacer su proceso, no imitar el de él. No repetir su camino, ni sus actos. No. Cada uno tenía que hacerlo suyo de forma original. Durante esos dos años de 1912 a 1914 el Padre vio pocos progresos en esos jóvenes adolescentes. Soñaba con que realmente bajo la protección de María todo cambiara. Tal vez necesitan un lugar. Piden la capilla del jardín que estaba abandonada para reunirse. Es la antigua capilla de S. Miguel. Una antigua capilla del cementerio de las monjas agustinas que habían vivido en el valle. Un pequeño lugar propio en el que iban a compartir la vida. Allí se reunían, hablaban y rezaban. El Padre cree en la importancia de los lugares. Pero todavía la capilla no es un Santuario. Pasaba el tiempo y ese encuentro hondo entre Madre e hijo no sucedía en los chicos. Dios estaba preparando el terreno. Era necesario ese tiempo previo. El Padre estaba aprendiendo a escuchar las voces y los susurros de Dios. En el alma de los jóvenes, en el acontecer mundial. Estaba aprendiendo a ser paciente y a esperar los tiempos de Dios. Ya sabía palpar al Dios de la vida. Y comienza así a mirar dentro del alma de esos jóvenes. Comienza su camino. Había aprendido a mirar su propia historia y a descubrir detrás los deseos y los latidos del corazón de Dios. Así recuerda: «*Ya al comienzo de la historia de Schoenstatt es Dios quien aparece como el Dios de la vida, y no el hombre con sus esperanzas egocéntricas, sus expectativas mezquinas y engañosos deseos. No está de más acentuarlo*»⁴⁸. María le hace ver el camino a seguir. Grita en su alma su propia voz. Recuerda todo lo que él mismo ha vivido. Recuerda su enfermedad en medio de la soledad. Evoca su ruptura interior y la salvación de su Madre María. Crece con fuerza su deseo de regalar esta experiencia a otros, a sus hijos. Él lo ha vivido, ¿por qué no pueden vivirlo ellos también? ¿No necesitan tanto como él ese amor de Madre? Su paternidad sacerdotal brota con pasión. Quiere engendrar en ellos ese amor a María. Todavía no logra hacerlo. Ellos experimentan su pertenencia mutua. El Padre y los hijos se pertenecen. Se quieren y sueñan con ser santos y cambiar el mundo. En ese ambiente de grandes ideales llega el verano de 1914. Se han ido de vacaciones. Y en medio de su descanso estalla la primera guerra mundial. El 1 de agosto de ese año todo se tambalea. El Padre los despide antes del verano con el país en paz. Y cuando regresan ya han visto cómo familiares suyos han partido al frente. Dentro de poco se van a dispersar. Serán llevados ellos mismos al frente. ¿Cómo se puede ser santo en medio de una guerra? ¿Cuántos miedos hay en el alma de esos jóvenes! Miedo a morir y miedo a que otros mueran. Miedo a perder el hogar. Son miedos que se suman a los que ya tenían. Se sentían huérfanos muchos de ellos. Eran niños desprotegidos que buscaban amparo en el director espiritual. Tenían miedo a un Dios del castigo. Miedo a la rigidez de los superiores. Miedo en una educación estricta que corta las alas y manda y prohíbe muchas cosas. Pero ahora, con el estallido de la guerra, surgen nuevos miedos. Miedo a la guerra que ha comenzado. Miedo a la muerte y al dolor. Miedo a perder a sus seres queridos y no volver a verlos. Miedo a no regresar nunca con su familia. Miedo a quedar mutilados en el frente, a volver rotos. Miedo al horror de la batalla, a la crueldad, a la falta de misericordia. Miedo al odio que surge por todas partes. Miedo al olvido de los caídos cuando llegue la paz. En medio de esos miedos el Padre les regala una confianza fuerte para que puedan vencer sus miedos. Se pueden fiar de él. Y a través de él pueden confiar en Dios, en María. El Padre ve que es necesario acelerar la lucha por conquistar una vida de santidad. El Padre recibe a estos jóvenes temerosos. Ya sólo les queda la capilla como lugar seguro. Allí se reúnen como congregación mariana. Tienen un lugar propio, un hogar, una casa. Han crecido las raíces. Es una voz clara que clama en esos jóvenes con miedo. ¿Cómo podría hacer él para ayudarlos, para enseñarles a confiar más en María? ¿Cómo podía hacer que sus corazones descansaran en el de Ella? Se acerca el momento de separarse físicamente. El Padre sabe que los corazones de los seminaristas no están maduros todavía. ¿Qué puede hacer?

⁴⁸ Kentenich Reader Tomo 1: *Encuentro con el Padre Fundador*, Peter Locher, Jonathan Niehaus

Ese verano de 1914 cae en las manos del P. Kentenich un artículo sobre el santuario de Pompeya. Sobre las ruinas de Pompeya ha surgido un santuario mariano que luego será legitimado por numerosos milagros, cobrando fama universal. Esa lectura despierta el eco de su anhelo más profundo. El abogado Bartolo Longo había comenzado allí una obra impresionante. Le había pedido a María que se estableciera, sin ningún milagro previo. No hay apariciones extraordinarias. No hay mensajes fuera de lo normal. Simplemente una Madre que cuida. Y unos niños huérfanos que necesitan una madre. Y un hombre lleno de fe que cree y le pide a María lo imposible. El Padre mira el valle con inquietud y se pregunta qué le está pidiendo Dios a él ahora. Ya ha descubierto que Dios le habla en las circunstancias y en su alma. En lo que ve y en lo que lee. Le habla en sus jóvenes huérfanos y en el olor de la guerra. Ese olor del miedo que es tan penetrante. Quiere saber qué pasos dar. Sus hijos huérfanos también necesitan una Madre. El Padre ve que Dios le habla. Que no sufran ellos lo que él sufrió. ¿Y si Dios le está animando a hacer lo mismo que Bartolo Longo? ¿Y si él tiene que pedirle a María que establezca su lugar de gracias en su capillita de S. Miguel? ¿Y si le pide que obre desde allí milagros interiores como ya ha hecho antes con él, en su vida? Duda. ¿Es eso lo que le pide Dios? Parece imposible. ¿No será su vanidad la que le lleva a creerse especial? En medio de sus dudas y de su fe. En medio del claroscuro de ese verano tan difícil, el Padre cree. Cree en ese plan imposible de Dios. Descubre una luz que brilla en su alma. Algo dentro de su corazón vibra ante lo que está a punto de suceder. Es verdad que es sólo la rendija de una puerta la que apenas se abre ante sus ojos. Una escasa luz para decidir un paso tan grande. No tiene una certeza absoluta. Más tarde dirá que fue la decisión más difícil de su vida. Que en otras decisiones que tomó más tarde estuvo más convencido, tuvo mayor claridad. Aquí sólo se le muestra una rendija abierta de esa puerta por la que ha de pasar. Tiene dudas. Se decide. Ahora sólo falta compartir con los jóvenes su idea. Quiere proponérselo, no imponérselo. Quiere que sea una idea de todos. No sólo algo suyo. Esa sería la señal que le mostraría que de verdad toda esta locura venía de Dios. Si lo acogen los jóvenes y lo hacen suyo, le quedará claro. Así es como se decide a entregarles su «*secreta idea predilecta*». Me gusta ese término. El Padre es audaz. Comparte su sueño con los jóvenes. No tiene miedo al rechazo. No busca señales extraordinarias para actuar. Le basta la rendija de la puerta abierta. Durante un tiempo vive con ese fuego en su interior sin compartirlo. Lo habla sólo con María. Reza, escucha, escudriña, tantea. Mira su alma, mira el alma de los chicos, mira la vida, espera a que llegue el tiempo de Dios. El 18 de octubre de ese año 1914, en plena guerra mundial, un domingo lleno de luz, en la capillita de San Miguel, les propone esa idea tan loca a los jóvenes. Y en seguida, meses más tarde, empezará a ver en ellos frutos evidentes: «*Sus corazones se han encendido. Ustedes han hecho suyo mi plan. Con confianza pongo en sus manos ese plan y su realización, y no dudo en consignarlo en nuestra crónica. Que las generaciones futuras nos juzguen*»⁴⁹. Le pide a María que se quede en ese lugar para siempre. Hacen un pacto con Ella, una alianza. Un pacto mutuo, de dos partes. Un contrato bilateral. Ellos le dan a María su vida, su corazón, su anhelo de santidad, su lucha heroica y diaria por lograrlo, sus miedos. Ella se establece allí y modela en ellos el rostro de Jesús. ¿Están dispuestos a ese intercambio? Me parece muy audaz. El salto más grande que el Padre dio en su vida. Más tarde comentará: «*En la historia universal, muy a menudo lo pequeño e insignificante fue la fuente de lo grande, de lo grandioso. Y la conclusión: - ¿Por qué no podría ser también ese nuestro caso?*»⁵⁰. Todo lo que él ha vivido en su alma se sella para siempre ese día. La guerra amenaza las vidas de estos jóvenes. Están llenos de miedos, y María viene a rescatarlos y a hacerles confiar. La alianza de amor que comenzó con la historia de un hombre herido y enamorado de María continúa en la vida de estos jóvenes. Hizo falta que un hombre se hiciera hijo, niño y después padre para poder entregar el misterio de María a otros. Eso es lo que Dios le pide. Su plan de amor para él se convierte así en plan de amor para nosotros.

La capillita de San Miguel es el lugar escogido por Dios. Se convierte en hogar y taller de sanación, en cuna de santidad. Y todo es posible por el sí dado por el Padre y unos jóvenes. Y por el sí de María a ellos. El Santuario vive de la generosa entrega de la vida cotidiana de estos

⁴⁹ Kentenich Reader Tomo 1: *Encuentro con el Padre Fundador*, Peter Locher, Jonathan Niehaus

⁵⁰ Kentenich Reader Tomo 1: *Encuentro con el Padre Fundador*, Peter Locher, Jonathan Niehaus

jóvenes. Se trata de un intercambio de corazones. En el Santuario el corazón de María se entrega. Y también entregan los congregantes y el Padre su propio corazón. Él comenta: «Ella es la que quiere impulsar nuestra autoeducación y generar un movimiento de renovación y de educación, amplio y articulado cabalmente. Ella lo guiará haciéndolo fecundo. La Santísima Virgen desplegará esa labor desde aquí, siempre»⁵¹. Pienso que al principio quizás para muchos fue la confianza humana en el P. Kentenich lo que los llevó a dar el paso. Y desde ahí María hizo milagros en ellos. Ese lugar, el Santuario, se convierte así en refugio de los chicos que llegan de la guerra. Se hace cenáculo donde el Espíritu colma de paz los corazones. Se convierte en hospital de campaña para sanar las heridas más hondas. Es el lugar al que regresar después de la batalla de la guerra, de las batallas de la vida. Así, poco a poco, van cambiando sus corazones. Son milagros tan ocultos y pequeños que casi ni se ven. ¡Cuántos milagros de transformación hemos presenciado! El Padre fue muy audaz. Se fió de la promesa de María. Ella atraería los corazones jóvenes y los moldearía en sus manos. Ya lo estaba haciendo. Los jóvenes se fiaron del Padre y dejaron su corazón en manos de su Madre. Era el presupuesto necesario. Fueron fieles. Con el paso de los años se ve la fecundidad de tanta entrega. María se toma en serio su compromiso y permanece siempre fiel. El Padre escribirá años más tarde: «Desde el momento que Ella se estableció en este Santuario puso a disposición su poder y su corazón maternal para la obra que fundé»⁵². María pone su trono de gracias en esa capillita. Todo gracias a la fe y al amor de ese grupo de congregantes y de su padre espiritual. Ellos entregan sus miedos. María los recibe. Y a cambio llena sus corazones de paz y confianza. Contra los muros del Santuario se rompen los mayores miedos y dolores que sufrimos. Es la experiencia más fuerte. El Padre les regala ese camino para poder pasar del miedo a la confianza como él lo había hecho antes en esa guerra y durante toda su vida. Él es para ellos el rostro humano de Dios Padre misericordioso. Tienen una Madre común, María. Viven unidos en una misión común, la santidad. Sus vidas están entrelazadas. Aprenden a vivir los unos en el corazón de los otros. Animándose siempre para no desfallecer. Se pertenecen mutuamente. Eso también es nuevo. No se trata de una relación unilateral con María. No es solo una relación con Ella vertical, individual, distante del mundo y de los hombres. El Santuario se sostiene a partir de la entrega de los unos por los otros. Eso se llamará más tarde capital de gracias y solidaridad de destinos. Se trata de la comunión de los santos. Mi lucha por la santidad es un bien para la vida de mis hermanos. No voy yo solo en el camino de la vida. Vamos todos juntos hacia el cielo. Es como un río que pasa de unos a otros. Esto los mantuvo unidos durante la guerra que siempre dispersa. Los unos dando su vida por los otros. Cada uno en el frente en el que le tocaba luchar. Y el Padre es el que los une en esa nueva familia. Recuerdo la película «The greatest showman». En ella el protagonista saca de su soledad a hombres marginados, rechazados por sus rarezas, y hace de ellos una familia. Uno de ellos decía: «Nos sacó de las sombras, nos ha convertido en una familia de verdad». Esa pertenencia les devuelve la dignidad, la autoestima. Hace que crean en su valor y en su verdad. Se sienten valorados como personas. Descubren su belleza oculta. Alguien los mira de manera especial. Es lo mismo que hace también el Padre con aquellos jóvenes. Cree en ellos. En su maravillosa originalidad. En su belleza oculta. Es lo que también hace María con ellos en el Santuario. Los hace hijos y los hace hermanos. Están profundamente unidos los unos con los otros. De la santidad de unos depende la santidad de los demás. Ellos se entregan en el Santuario. Llegar al Santuario significa entonces llegar a su hogar, llegar a su Madre, y también llegar a su padre y a sus hermanos. María reparte las gracias desde allí. Eso los mantiene atados por dentro a pesar de estar en distintos lugares. Muchos de ellos sufren la guerra en el frente. Otros se quedan cerca del Santuario. La alianza de amor los ayuda a cuidarse unos a otros. Se sostienen entre ellos. En 1915 llega el cuadro de la MTA. Y aunque no es del gusto alemán, acaban enamorándose de Ella. Al principio quisieron una Inmaculada. Pero el Padre les habla de Jesús en los brazos de María como algo tan unido a Ella que es imposible separarlos. Por la alianza con María llegan así al corazón de Jesús.

La alianza de amor sellada con María en el Santuario viene a completar el camino que va del miedo a la confianza en el corazón de los hijos. A través de la entrega a María en el Santuario

⁵¹ Kentenich Reader Tomo 1: *Encuentro con el Padre Fundador*, Peter Locher, Jonathan Niehaus

⁵² Kentenich Reader Tomo 1: *Encuentro con el Padre Fundador*, Peter Locher, Jonathan Niehaus

aprenden a confiar. Se fían del Padre y se entregan a María. Él también confía en lo que Dios hace en el alma de cada congregante. Confían los unos en los otros. Después del dolor de la desconfianza en su vida, de la sospecha, es un gran don que el Padre recibe de María y entrega a sus hijos. El Santuario se convierte en taller de confianza. También para mí. Toda mi vida es una escuela para aprender a confiar y a dar confianza. Una escuela para no perder la mirada inocente que confía en el hombre, cree en su bondad y espera contra toda esperanza. Es una escuela para no caer en la sospecha, en la duda, en el juicio. Y confiar en la bondad de todo hombre. El Padre mantuvo esa mirada toda su vida. Es un don. Y quiso que yo fuera un lugar de confianza para otros. Hoy vemos que la confianza se quiebra. Los abusos han quebrado la confianza en la paternidad espiritual. ¡Qué difícil construir una confianza sólida! ¡Qué fácilmente puede romperse! Un acto de abuso, de deslealtad, de infidelidad y se rompe todo lo construido con esfuerzo y cariño. ¡Qué difícil después volver a empezar cuando el corazón está herido y desconfía! Hará falta un milagro. La herida de la desconfianza es tan difícil de sanar. En el Padre hubo un milagro. Él comenzó a sanar esa herida en las manos de María al ver como Ella sí confiaba en él. Y terminó de sanar por la confianza que tantos le dieron a él, al sentirlo como padre. Abrieron su alma y se confiaron en sus manos como hijos. Ese don inmerecido hizo fuerte su confianza. Y lo hizo capaz de seguir adelante pese a las desconfianzas que volverá a experimentar una y otra vez. El Padre puso siempre el acento en educar en la confianza. Sólo así el corazón del hijo puede crecer y expandirse. La confianza es un pilar de nuestra pedagogía. Un pilar que hoy está en entredicho por todo lo sucedido. Necesitamos comenzar de nuevo y creer en esa confianza que Dios me tiene en mi debilidad. Él construye sobre mi pobreza.

El Padre y los seminaristas reciben la gracia del cobijamiento en el Santuario en medio de un mundo convulso. De la incertidumbre. Del miedo al futuro. Del miedo a perderlo todo. A estar solos en el frente separados de los suyos. María los cobija en su hogar mutuo cada vez que llegan, o espiritualmente. Esta gracia del cobijamiento no se trata sólo como a veces creemos de ese sentimiento de paz que vivo al llegar al Santuario y estar allí solo con María, descansando. No es sólo eso. Es algo más profundo. Esa gracia es la que de verdad me hace hijo confiado. Por ese don aprendo a confiar plenamente en Dios y a vivir con paz. Me abandono en sus manos. Es la seguridad el péndulo de la que me habla el Padre. No es esa seguridad que busco siempre, la seguridad de la mesa con cuatro patas. Pienso más bien en ese péndulo que descansa en lo alto y no teme caer aunque oscile de un lado a otro llevado por los avatares de la vida. Aunque tiemble. Hay miedos en el corazón, es cierto, pero me fío en las manos de María como aliado suyo. Así es mi confianza y mi cobijamiento en el Santuario. Es una gracia que me lleva al abandono, a la santa indiferencia ante lo que pueda suceder. Es la actitud de vivir inscrito en el corazón de Jesús y ahí descansar pase lo que pase. Se podría decir que el verdadero abandono que vivo al sentirme cobijado en las manos de María, sólo se produce cuando actúa una segunda gracia, la de la transformación. Soy transformado y así aprendo a confiar más allá de mis planes. María lo hace todo nuevo en mí. Cobijado en sus manos veo cómo moldea mi alma y saca lo mejor de mí. Y como consecuencia de vivir esas dos gracias salgo del Santuario renovado para regalar a otros lo que me ha sucedido. Eso sucedió en esos jóvenes y en su Padre. Se hicieron hijos y dóciles instrumentos de María. Es lo mismo que sigue sucediendo en nosotros.

Miro la foto en color del Padre con los niños. Lo veo sonriendo, con paz. Algo ha cambiado en él. No tiene miedo, tiene paz. Es verdad que mi vida no se suele situar en uno de los extremos que he mencionado. Tal vez no me siento como ese niño lleno de miedo, turbado y bloqueado. Y quizás tampoco me veo como ese adulto sonriente y relajado. Estoy quizás en algún punto en medio del camino. Avanzo y retrocedo. Camino entre el miedo y la confianza. A veces estoy más cerca de la sonrisa. Otras veces me veo más cerca de los ojos miedosos y tristes. Al ver este camino en el Padre siempre me conmuevo. Él vivió en su carne el abrazo de María. Y me ha dejado un camino que estoy llamado a recorrer en el Santuario, confiando en sus palabras. María cambió la vida del Padre. Y al cambiar su vida cambia también la de aquellos que se le han confiado. María hizo de él una roca, un puerto seguro. Y lo logró regalándole hijos que podían descansar en él. Por los lazos humanos llegaron el Padre y sus hijos al corazón de Dios. Es el camino más humano y más de Dios. María enseña al Padre a amar a sus hijos de forma personal. Con todo el corazón, poniéndolo

todo a su disposición. Acaba así con las distancias, con las barreras que separan. María le da alas para ir con ellos en el camino de la vida. Esa risa que vemos en la foto, esa sonrisa, parte de esta experiencia tan profunda de cobijamiento en el corazón de María. El Padre se sabe amado y entonces es capaz de amar. En una ocasión dirá que los santos sólo comenzaron realmente a ser santos cuando se supieron amados por Dios en lo más profundo. No es una frase sacada de un libro. Es la frase que refleja lo que fue su propia vida. Sólo cuando se supo amado, pudo empezar a amar y todo cambió en su alma. Por eso, al mirar las segundas fotos, veo a un Padre feliz, con paz, tranquilo. Esa cercanía en la foto rodeado de niños brota de ese amor tan hondo a María, a los hombres.

El hombre solitario desaparece y se convierte en padre de familia. El hijo huérfano da paso a un niño que se sabe profundamente amado. El hijo sin padre llega a ser padre para muchos. El hombre atormentado deja su horizonte gris y se convierte, por obra de María, sólo por Ella, en un hombre confiado como un niño en los planes de Dios. El hombre herido y roto, que nace en una familia desestructurada, sin vínculos sanos, se convierte en un hombre arraigado, con hondos vínculos, capaz de amar y ser amado. El que no tuvo hogar llega a ser hogar para todos los que tienen miedo. La alianza de amor es el camino que él vivió en su carne. Y es al mismo tiempo un regalo que recibieron sus hijos espirituales. Primero los congregantes, después todos los que fueron llegando al Santuario y lo descubrieron como padre. A través de él se les regaló a esos jóvenes un nuevo camino de vida, un camino de alianza. El Padre plasmó en Schoenstatt su mundo interior. Su vivencia con María la regaló a la familia. No son teorías ni discursos. Son obras, son amores. María hizo su propio corazón navegable y transitable para sus hijos. El camino de su alma se hace concreto en la alianza de amor en el Santuario. El Padre terminó de sanar su corazón herido al acoger a otros que confiaban en él. Al dar amor se sanó del todo su soledad. Se hizo padre y se hizo hogar para muchos. Y por él, por su paternidad, tantos llegaron a tocar a María en sus vidas y así poder sanar.

*¿Cuál ha sido mi momento de sanación en mi vida? ¿A quién le debo mi confianza en María, en Jesús?
¿Cómo es mi confianza en ellos? ¿En qué me ha liberado de mis miedos mi alianza de amor con María? Mi amor, mi forma de amar, ¿en qué me ha sanado? ¿Cómo ayudo a sostener a otros en sus miedos?*

3. La respuesta es María. Se sintió mirado con misericordia

De mi propio miedo a la confianza

¿Cuál es entonces el misterio de ese paso de una foto a la otra? Siempre es María. En este punto quiero detenerme un momento y contemplar los ojos de María. En silencio. Esos ojos miraron y salvaron al Padre. Sus ojos son los que calman también mis miedos cuando me dejo mirar por Ella hasta el fondo del alma. Son ojos de ternura. Ojos humanos. Ojos llenos misericordia. Personales. Comprensivos. Ojos que consuelan y me animan. Los ojos de María quedaron grabados para siempre en el alma del P. Kentenich. Fue su mirada la que hizo posible el cambio en el Padre. Él también aprendió más tarde a mirar como Ella mira a sus propios hijos, con el mismo interés personal, con la misma entrega, con la misma ternura. Ante esos ojos de María puedo mostrar mi miedo y comenzar a confiar. Es un camino largo, lleno de idas y venidas. Cada uno quizás puede decir algo al mirarlos. Quería acabar esta charla sencillamente así, mirando esos ojos. A Ella le debe todo el Padre. Y nosotros también se lo debemos. Su mirada sanó al Padre en un momento de ruptura interior después de muchos años de soledad y desarraigo. Él se sintió mirado cuando más lo necesitaba. Comprendido en su dolor hasta lo más profundo cuando nadie lo comprendía. La respuesta intelectual que tanto buscaba se la dio María en el corazón. Lo que salva al Padre es una experiencia vital, no una idea, no una teoría. Ese hombre herido, que no había sido conocido por nadie, se sintió, en el momento de su mayor noche oscura, en medio de su crisis de juventud más profunda, mirado hasta lo más hondo. Sentirse mirado por su Madre cumplió su anhelo de ser hijo. Su necesidad de ser hijo. Su herida de abandono y de desarraigo descansó por fin en esa Madre que él desde entonces supo con claridad que nunca lo iba abandonar. Pienso que para María el día de la consagración siendo niño fue el momento de su alianza de amor. Fue desde entonces una Madre que velaba atenta, esperando el momento de poder entrar en su corazón. Pero José selló su parte de la alianza, su entrega indivisa a Ella, su sí profundo y sincero, sólo tras esa experiencia de oscuridad y tormenta en la que María se erigió como su puerto seguro.

Aquel al que nadie había conocido se sintió conocido en su verdad por María. Ninguna persona había mirado el alma de José por dentro. Nadie sabía lo que sentía, lo que pensaba. Él siempre cuenta eso como algo muy real que lo acompañó. Una muestra de esa verdad es que dudaron de él, desconfiaron. Estaba cerrado por ese profundo dolor. Tan cerrado que nadie había podido penetrar en él. Lo juzgaban desde fuera. María pudo entrar por la grieta de su crisis. Ella estaba esperando a su puerta desde ese día en que su madre Catalina se lo consagró a los ocho años. Lo que sucedió entre José y María en esa encrucijada es algo que me conmueve siempre. Forma parte del profundo misterio de su vida. Schoenstatt nace a partir de esa experiencia personal. El hombre herido y roto se convierte en el hijo herido abrazado por su Madre. Y gracias a ese abrazo llega a ser con el tiempo un padre herido capaz de acoger en su corazón agrandado a tantos hombres y mujeres. Quizás la soledad del Padre, su introversión como consecuencia de su historia y quizás también de su carácter, lo hizo más profundo, más hondo, más auténtico. Lo que había en él era verdadero, fiable, permanente. Sus vivencias no pasaron por él quedándose en la superficie. Sino que se quedaron grabadas a fuego en su alma. Su virginidad y su soledad favorecieron esa realidad. Dios se sirvió de su alma sellada. Su vida se sostiene como una roca en esa experiencia en la que María lo salvó. Lo miró. Sólo Ella fue capaz de unir, de sanar, de equilibrar. Schoenstatt parte de un camino personal que transcurre en el corazón del Padre. Es el camino que he querido mostrar con las fotos.

María toma las heridas del Padre. Sus heridas de abandono. Su herida de desarraigo. Su herida de soledad. Su herida provocada por su nacimiento. Su herida de desconfianza, porque muchos hombres dudaron y sospecharon de él a lo largo de su vida: sus compañeros de colegio, sus profesores, sus superiores, más tarde los palotinos cuando se fundó Schoenstatt, la propia Iglesia. Su herida de desamor, de falta de intimidad. Su herida de pertenencia, de no formar parte de nadie. Esta herida debió dolerle y aislarlo mucho. Su herida de falta de hogar donde descansar y ser amado como era. Esas heridas se guardaron para siempre en el alma del Padre, una tras otra.

Todas esas heridas fueron sanadas por María. Pero no desaparecieron por arte de magia. El Padre recorrió el camino que va de una foto a otra. Con altibajos, con idas y venidas. Como yo lo hago. Y esas heridas, quedaron siempre grabadas. Perdonadas. Pero siempre estuvieron con él, cargó con ellas, hasta el último día de su vida. Fueron protegidas en parte por su pudor. Y fueron al mismo tiempo sus señales de amor. La puerta estrecha en su alma por la que entró María y entró Dios. Forman parte de su vocación, de su historia sagrada, de su belleza. Parte del misterio de su paternidad espiritual que de otra forma tal vez no se entendería. Herido y al borde de la locura se abandonó en María. Y en Ella se hizo hijo. En ella se arraigó para siempre. ¡Cuántas cosas cambiaron y se movieron a lo largo de toda su vida! Cambió el lugar donde habitaba y servía. Cambiaron las personas que recorrían con él el camino. Cambiaron las circunstancias del país, de la Iglesia. Dos guerras. Un exilio. Cambió él mismo en su interior, en ese camino de la vida. Pero algo no cambió nunca. María permaneció siempre como una roca en su alma hasta el último día de su vida en la sacristía de la Iglesia de la adoración. Su herida de desarraigo se sanó enraizándose para siempre en el alma de María, su Madre. Su herida de hogar se sanó haciendo hogar en el corazón de María y descansando en el hogar físico del Santuario que fue siempre su casa, el lugar al que poder volver. Su herida de pertenencia, muy honda, se sanó perteneciendo para siempre a Ella. El hijo José atado a su Madre María. Y Ella unida totalmente a él. Su herida de orfandad lo hizo niño, muy niño delante de María. Pienso en cómo su historia de vida fue usada por María y Dios para una gran misión. Y pienso en el agradecimiento inmenso del P. Kentenich a su Madre y al Dios bueno y misericordioso, que salieron a su encuentro y convirtieron su vida, quizás contra todo pronóstico humano, en una vida fecunda, en una vida sagrada. En una vida santa.

Dios tuvo un plan personal con el P. Kentenich. Lo llamó, lo eligió. De una forma original, profunda y personal. Y logró que su herida de abandono se terminara sanando desde el momento en el que pudo ser lugar de descanso para otros. Su herida de desarraigo sanó del todo al dejar que su alma fuera lugar de raíces hondas para tantos hombres perdidos. Su herida de desamor dando lo mejor de sí mismo a otros hombres. Su herida de hogar siendo hogar seguro donde descansar. Su herida de no ser visto por nadie en su verdad, desconocido en su hondura, cuando miró conmovido en el alma de los hombres. Lo hizo con una inmensa delicadeza, intuyendo la originalidad del otro, su belleza oculta. Su propia mirada se hizo sanadora para otros, los sanó estando herido. Y pudo contemplar la verdad de otros hombres. Fue para mucho el reflejo de los ojos de María. Así como esos ojos lo miraron a él. Sus ojos imperfectos de hombre herido miraron a muchos ojos siendo reflejo de María. Su herida de orfandad, que primero lo hizo hijo, se terminó de curar cuando se convirtió en padre de muchos. Su herida de pertenencia se sanó y se hizo fuente de vida cuando comenzó en ese valle de Schoenstatt a ser padre espiritual casi sin buscarlo. Dejó de estar sólo él en la vida. Comenzó a vivir la pertenencia mutua con sus hijos, algo que permaneció para siempre como algo propio de Schoenstatt. «*Sobre todo les pertenece mi corazón*», les dijo a los chicos en su primera charla en 1912. Pienso que las heridas del Padre, sus miedos de niño y de joven, en especial el miedo a volverse loco, que a veces hemos tapado porque pensamos que deslucen su santidad, son su historia sagrada, la más verdadera, la más humana, la que más nos acerca a él. María se encarnó en esa historia siendo la protagonista de su vida. Y él se entregó del todo con todas las fuerzas de su corazón. No es el camino habitual, nosotros lo sabemos, por eso creemos que es obra de Dios y de María. El Padre decidió regalar ese tesoro que él había experimentado, y decidió además de forma muy tajante, que nadie más pasaría por lo que él había pasado. Recibió una luz especial, una misión sagrada, de eso estoy seguro. El Padre tenía un anhelo grande de Dios, un alma virginal que su historia de alguna forma protegió. La propia soledad del Padre, fruto de su herida y de sus miedos, se hizo familia. Dios usó esa historia, sus heridas, sus dones, sus pasiones, de libertad, de búsqueda de la verdad, de profundidad, para irrumpir en él. Lo hizo respuesta de vida para muchos hombres heridos, perdidos, soñadores. Dios permitió en su vida que ese encuentro con María no pasara de largo. Todo lo contrario. Sobre ese encuentro fundó toda su vida. Y como consecuencia, también la nuestra.

La alianza de amor que el Padre me ha dejado me lleva de la mano de María por la vida. Ella toma toda mi persona, mi cuerpo y mi alma, mis deseos y mis sueños, mi pecado y mis dolores, mis pasiones y mis alegrías como hizo con el Padre y luego con todos sus hijos. María toma todo y

rompe los muros que me aíslan y me separan de los hombres. Yo también estoy roto como estaba roto el Padre. María toma lo mejor que hay en mí, lo más mío, lo más hondo y lo hace fecundo. Y al mismo tiempo toma mis heridas, mis defectos, mis debilidades más despreciables y las convierte en misión, en tarea, en camino de vida. Mi carencia puede ser una ventana. Es curioso. Justo lo que yo desprecio en mí, Ella lo ama. Por eso le doy todo mi corazón. No me da miedo que vea lo que soy, lo que hay en mí, mi pobreza y mezquindad. No importa. Me entrego a Ella por entero sin temer el rechazo. Y Ella a cambio me arraiga en su corazón de Madre, en la tierra del Santuario donde descanso. Y entonces veo que me convierto en instrumento para otros. Soy las manos, la voz, los pies, el corazón de María amando en los hombres. María necesita mi docilidad para cambiar el mundo que me rodea. Necesita que me dé por entero para poder utilizarme. Estoy convencido de algo, la alianza de amor no es un acto piadoso sin más. No es un simple acto de devoción mariana en el que le digo con fe a María que la quiero. Es algo mucho más hondo. Es una nueva manera de vivir y de mirar la vida. Es un estilo de vida que me cambia para siempre por dentro y me hace posesión suya. Le entrego mi corazón y Ella a cambio me da el suyo.

Creo que los vínculos son el camino más verdadero para sanar las heridas de los hombres y ser nosotros sanados en esa entrega. Veo a diario hombres heridos que se pasan la vida reclamando de los otros migajas de amor, comprensión, aceptación. Yo mismo estoy herido en mi interior y clamo por un amor incondicional que sane mis heridas. He visto en mi vida el efecto sanador de mis vínculos. Por ellos me he curado. Por ellos he llegado a Dios. Como lazos humanos tendidos desde el cielo que me subían sin soltarme. Me he sentido hijo y hermano. Me he defraudado en ocasiones. He esperado más de lo obtenido. Y en esos momentos he necesitado subir más alto, anclarme en Dios. Porque el amor humano falla tantas veces. Aún así sigo creyendo ciegamente en la misión de esos vínculos que sanan el alma, y reconstruyen la vida. Vivimos un tiempo difícil en el que se cuestionan los vínculos. Se duda de ellos. El corazón humano es imperfecto. ¿Es posible llegar por los vínculos humanos a Dios? ¿Soy capaz de cultivar vínculos sanos que no se enfermen? Hoy se llega a cuestionar la pedagogía de los vínculos y de la confianza en la que creemos. Son pilares de nuestro carisma. Pero han sucedido tantas cosas. ¡Cuántos abusos en nuestra Iglesia, también en nuestra Familia! ¡Cuántas heridas! ¡Cuántas víctimas! ¿Acaso todo esto no pone en duda nuestro propio carisma, nuestra misión? ¿Será cuestionable el camino recorrido por el mismo Padre y sus hijos? ¿Habrán sido en vano todo lo que él vivió? ¿Será el camino verdadero el de la distancia, el de la desconfianza de los vínculos humanos? ¿Es necesario entonces desconfiar de toda autoridad porque puede abusar de su poder? ¿Es el camino más fácil buscar solo a Dios alejándome de esos vínculos que hieren? Surgen las dudas. Surgen las preguntas. Surge el miedo al vínculo que parece enfermarse siempre y conducir a nuevas heridas. Yo no creo que el camino sea una vuelta atrás. Una renuncia al camino que recorrió el Padre. No estoy dispuesto a borrar de golpe el camino que el Padre hizo. Creo en su carisma. Creo en su misión. Creo que siempre de nuevo los vínculos humanos han de llevar a Dios. Aunque a veces estén enfermos. Sé que puede haber fracasos y heridas nuevas. Siento vergüenza por todo lo pasado. Siento la humillación por lo ocurrido. Sé que el corazón humano es frágil y todos venimos heridos. Y no sabemos cómo amar bien y cómo ser amados de forma correcta. Pero creo profundamente en el camino que he visto en el Padre y en sus hijos y en mi propia vida. Creo en el camino que surge de su biografía, de su vida. Ahí hay una palabra de Dios, una misión muy concreta, un carisma que nos deja como hijos suyos. En medio de la fragilidad que toco con mis manos vuelvo a creer. Por eso necesito iniciar siempre de nuevo el mismo camino. Volver a la fuente, al origen. Y creer de nuevo. Por eso comienzo con mis heridas. Me adentro en mi crisis más profunda. Busco a María en la nebulosa de mi dolor. Espero su abrazo como un naufrago espera un abrazo salvador. Espero que sane mis heridas porque yo mismo no sé hacerlo solo. Espero entonces que me haga a mí sanador herido. Sigo creyendo en este camino recorrido por el Padre, recorrido por mí mismo. Sigo creyendo en el poder del vínculo sabiendo que el amor humano es tan frágil y a la vez eterno. Sigo creyendo en la importancia de la confianza para avanzar. Sé lo necesario que es volver a confiar después de que se haya roto la confianza. Y pedir perdón. Y perdonar. Dejo a un lado mis dudas y mis miedos. Mis sospechas y mis vacilaciones. Acepto que estoy herido como el Padre. Sé que siempre lo estaré. No tendré todas las respuestas posibles. No seré siempre fiable en todo lo que amo. La humillación me hace humilde una y otra vez. Espero no

olvidarme de mis caídas. Me sigo vinculando. Sigo teniendo fe en Dios, en el hombre, en María. En el poder del amor humano que me lleva a Dios. Sigo creyendo en el Padre y en su camino. En el poder de María que cambia mi vida en el Santuario. Confío de nuevo en el camino que él me ha dejado y lo sigo. Confío en esa misión de aprender a caminar sosteniéndonos los unos a los otros. Sin desconfianzas. Creyendo en la bondad del que camina conmigo. Dejándonos complementar en la entrega de ese carisma que se hace como familia.

Por eso me pregunto al llegar a este punto: ¿Cuál es mi propio camino del miedo a la confianza? ¿Cuál es mi miedo más profundo del que quiero liberarme? ¿En qué punto estoy en ese proceso entre el gesto triste del niño y la sonrisa del adulto? ¿Dónde estoy ahora al mirar las cuatro fotos? ¿Con cuál me identifico? Me detengo un momento y me miro a mí mismo en ellas. Miro mis miedos. Tengo tantos miedos. Jesús me toma desde mi verdad. Por eso me gusta el inicio del título: «Desde mi miedo». Sólo desde ahí, desde mi miedo más hondo, puedo llegar a confiar en Dios. Dios y María usan siempre mis miedos para llegar a mi corazón. Es más difícil entrar en mí cuando mantengo mi corazón hermético, sellado, cerrado. Cuando busco fuera lo que tengo dentro. Por eso es tan importante aprender a mostrarme como soy, vulnerable, abierto en mi verdad, con toda honestidad, sin miedo delante de Dios. Si no cultivo esa actitud Él no puede hacer nada por mí. ¿Cuáles son mis miedos? Cada uno, por su propia historia de vida, tiene sus amores y desarraigos. Cada uno los suyos. Dios me lleva desde ahí a la confianza. Calma todos mis miedos. No los quiero negar ni ocultar porque Dios no los niega ni rechaza. Pienso que la confianza es la seguridad de creer que en mi miedo puedo descansar confiado en las manos de Dios. Es creer que en lo que yo veo en mí como feo y sucio, Dios ve belleza y bondad. No es una idea, es un camino, una certeza, un pilar. María puede hacer en mi corazón el mismo milagro que hizo con el Padre: Me hace pasar del miedo a la confianza. No quiero que la confianza se quede en palabras bonitas. A veces es así y todo se queda en la cabeza sin tocar el corazón. ¡Cuántas oraciones tengo escritas con palabras poéticas, generosas, grandilocuentes! Pero luego en la vida esas palabras no llegan a tocar el corazón. O he realizado grandes actos místicos que tampoco me han tocado el corazón. ¡Cuántos actos realizo en Schoenstatt que no llegan a tocar mi vida! Todo tiene que partir de lo más hondo de mi alma. De mi verdad. Si no es así no permanece en el tiempo. Mis miedos forman parte de mi vida. Me acompañan siempre. Sé que la clave no consiste en vivir sin miedo, sino en reconocer mis miedos y entregarlos. Todo pasa por poner en las manos de Dios todo lo que temo. No sirve de nada tapanlo. La clave está en amar por encima de ese miedo y creer que nunca, pase lo que pase en mi vida, Dios y María, van a dejar de estar conmigo. Así ha sido siempre en mi vida. Sé, al mirar atrás y ver mi historia, que Dios no me dejará nunca. Así lo he visto al asomarme un poco a la vida del Padre. Quiero aprender a confiar siempre. Confiar en Dios, en María. Confiar en la verdad del hombre. Confiar sin miedo en lo que pueda ocurrirme. Sólo así podré dormir al pie de un volcán. El P. Kentenich pudo vivir confiado en momentos muy difíciles de su vida. Vivió confiado en la cárcel de Coblenza, en el campo de concentración, en el exilio. Él había experimentado su miedo y había vivido el amor incondicional de María. Ya no temía. Había visto cómo María lo había conducido hasta las manos de Dios.

El P. Kentenich nos propone empezar siempre desde nuestro lugar, desde el sitio en el que nos encontramos ahora. No espiritualizarlo todo. Queremos en seguida sublimar las pasiones, racionalizar lo que nos sucede. Buscamos teorías que tranquilicen la conciencia. Pienso en mi foto. ¿Cuál es? Sólo si sé cuáles son mis miedos pueden dejar de ser fantasmas. Os animo a que miréis las cuatro fotos en un momento de silencio. ¿Cuál de ellas habla más de mí ahora? ¿Cuál ha sido o es mi camino personal? Miro los ojos de María. Miro los ojos del Padre en la última época de su vida, abiertos, cálidos, cómplices y paternales. Son las fotos al final de su camino. Ha vivido, ha amado, ha sufrido. Se parecen algo a los ojos de María. ¡Qué habría sido de nosotros sin su cuidado maternal! ¡Qué hubiera sido de nosotros sin el cuidado paternal del Padre!

Me gustaría acabar con un poema que escribió el P. Joaquín Allende que siempre tocó mi alma. El poema habla de ese cambio, de esas fotos. Muestra cómo Ella lo cambia todo en mí. Así como lo cambió todo en el Padre. Mis aguas son como ese torrente indómito. Y María me coge en el hueco

de su alma y me hace navegable. Así lo hizo con su hijo José Kentenich. Así lo hace conmigo, con cada uno de nosotros. María convierte el torrente en un río navegable, hondo y cálido:

*«Muro de hielo, torrente de montaña, bajando desbocado, sin remansos ni playas,
así era mi alma antes de que Tú llegaras,
antes de tu vida sosteniendo la mía,
antes de tu barca, tomando posesión de mi historia.*

*Desde cuando acepté, que me alzaras como río en el hueco de tu mano,
para hacerme el alma navegable con la temperatura de tu paz.
Desde entonces pueden recorrerme los navíos y los débiles,
sin peligro de encallar en mi dureza, pueden recorrerme a su velocidad mejor,
pueden por merced tuya María, pueden dentro de mí, alcanzar, el océano del Padre».*